

# La Esfera

Año VII • Núm. 315

Precio: 60 cénts.



RETRATO DE UNA PRINCESA DE LA CASA REAL DE FRANCIA, cuadro de Simón Vouet, que se conserva en el Museo del Prado

# Palmolive

Lo Mejor Para el Tocador



### Una necesidad para la belleza moderna

Cuando Ud. haya probado los productos Palmolive, decidirá usarlos para siempre. Satisfacen el gusto más exigente.

Estos artículos incluyen: Jabón Palmolive, Crema y Crema absorbente, Shampo, Polvo de Talco y para la cara, Arbol o colorete, jabón y Crema para afeitarse.

Pidanse en las principales droguerías, farmacias y perfumerías

**THE PALMOLIVE CO.**  
Nueva York y Milwaukee, E.U.A.

Agente exclusivo para España: **COMPAÑÍA GENERAL DE COMERCIO EXTERIOR, S. A.**—Calle Caspe, 12, Barcelona



## PECHOS DESARROLLO, BELLEZA Y ENDURECIMIENTO EN DOS MESES CON PILDORAS CIRCASIANAS, Doctor Brun. Inofensivas. Recomendadas por eminencias médicas.

27 años de éxito mundial es el mejor reclamo. 6 pesetas frasco. MADRID, Gayoso, E. Durán, Pérez Martín. ZARAGOZA, Jordán. VALENCIA, Cuesta. GRANADA, Ocaña. SAN SEBASTIAN, Tornero. MURCIA, Seiquer. VIGO, Sádaba. VALLADOLID, Llano. JEREZ, González. SANTANDER, Sotorrio. SEVILLA, Espinar. BILBAO, Barandiarán. CORUÑA, Rey. TOLEDO, Santos. LAS PALMAS, Lleó. MALLORCA, «Centro Farmacéutico». HABANA, Sarrá. CIENFUEGOS, Farmacia «Cosmopolita». TRINIDAD, Bastida. PANAMA, «Farmacia Central». CARACAS, Daboin. SANTO DOMINGO, Fiallo. QUITO, Ortiz. MANAGUA, Guerrero. BARRANQUILLA, Acosta. Mandando 6,50 pesetas sellos a Pousarxer, Marqués Duero, 84, apartado 481, BARCELONA, remítase reservadamente certificada. Muestra gratis para convencimiento del éxito. *Desconfiad de imitaciones.*



## FOTOGRAFÍA BIEDMA

Alcalá, 23.—Teléfono 730

Casa de primer orden = Hay ascensor

**FÁBRICA DE CORBATAS** 12, CAPELLANES, 12  
Camisas, Guantes, Pañuelos,  
Géneros de punto. Elegancia, Surtido, Economía. PRECIO FIJO. Casa fundada en 1870.

**JOYERIA Y PLATERIA**  
Gran surtido en objetos para regalos  
**FERNANDEZ Y VEIGA**  
Esparteros, 16 y 18.—Teléf.º M. 2.529.—Madrid

# PRENSA GRÁFICA

SOCIEDAD ANÓNIMA, EDITORA DE

□ “LA ESFERA” □ “MUNDO GRÁFICO” □

“NUEVO MUNDO”

Oficinas: Hermosilla, 57, Madrid.—Teléfono S-9

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

### La Esfera

MADRID Y PROVINCIAS.....	Un año.....	30 pesetas
» » .....	Seis meses.....	18 »
EXTRANJERO.....	Un año.....	50 »
» .....	Seis meses.....	30 »
PORTUGAL.....	Un año.....	35 »
» .....	Seis meses.....	20 »

### Mundo Gráfico

MADRID Y PROVINCIAS.....	Un año.....	15 pesetas
» » .....	Seis meses.....	8 »
EXTRANJERO.....	Un año.....	25 »
» .....	Seis meses.....	15 »
PORTUGAL.....	Un año.....	18 »
» .....	Seis meses.....	10 »

### Nuevo Mundo

MADRID Y PROVINCIAS.....	Un año.....	19 pesetas
» » .....	Seis meses.....	10 »
EXTRANJERO.....	Un año.....	30 »
» .....	Seis meses.....	16 »
PORTUGAL.....	Un año.....	22 »
» .....	Seis meses.....	12 »

## CREACIONES “KEPTA”

LAS PERLAS KEPTA Y LAS PIEDRAS DE COLOR RECONSTITUIDAS ESTÁN  
MONTADAS EXCLUSIVAMENTE CON BRILLANTES VERDADEROS  
EN ARTÍSTICAS MONTURAS DE PLATINO  
Y HAN OBTENIDO EL PRIMER PREMIO  
Y MEDALLA DE ORO EN PARIS

NO TENEMOS SUCURSALES NI AGENTES; NUESTRA ÚNICA CASA EN ESPAÑA ESTÁ EN  
MADRID: 2. CARRERA DE SAN JERÓNIMO

PARIS

36, Bd. DES ITALIENS

PETROGRADO

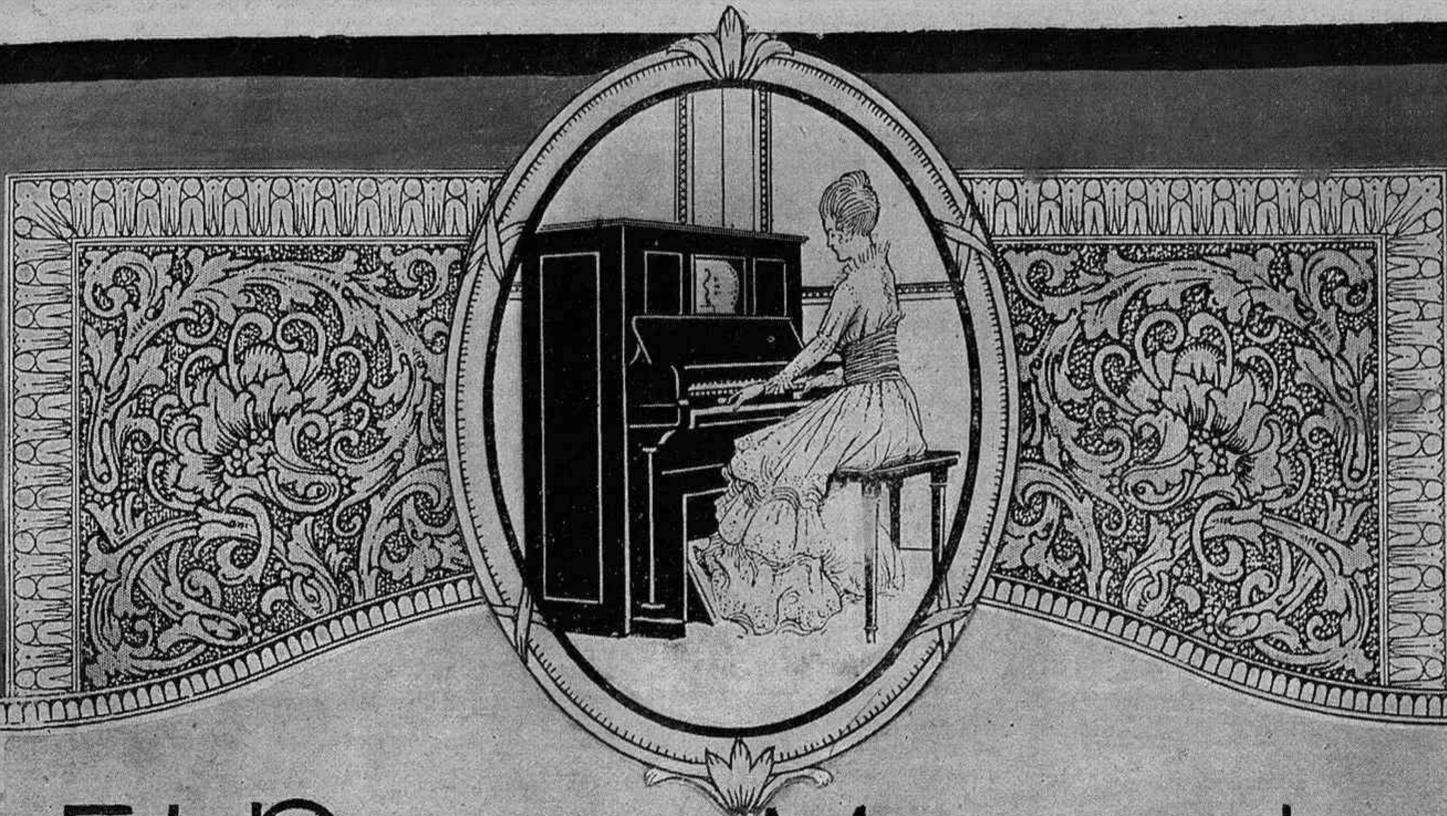
21, MORSKAYA

MOSCOU

6, KOUSNETZKI MOSTY

LABORATORIO

AVENUE PIERRE BLANC  
MONTMORENCY FRANCE



# El Piano Manualo

es un cariñoso amigo; su alma  
mecánica refleja los sentimientos  
del ejecutante llevando á su espí-  
ritu el dulce consuelo de un fiel  
confidente



LEOZ

# HIPOFOSFITOS SALUD



El "sport" es uno de los medios hoy recomendado para la reconstitución física; pero cuando el enervamiento, la inapetencia, los desarreglos del organismo y la neurastenia no ceden, nada hay más eficaz ni de éxito tan inmediato y seguro para ayudar á la naturaleza, que el Jarabe de

## HIPOFOSFITOS SALUD

único aprobado por la Real Academia de Medicina  
**29 años de crecientes éxitos**

AVISO: RECHÁCESE EL FRASCO SI NO SE LEE

EN LA ETIQUETA EXTERIOR, CON TINTA ROJA,

**HIPOFOSFITOS SALUD**

EN LA ARGENTINA PÍDASE

**"HIPOFOSALUD"**



**Agentes para la venta.**—*En la República Argentina:* Iglesias, Bidón-Chanal y C.<sup>a</sup>, Moreno, 661 y 663, Buenos Aires.—*En Venezuela:* Eliseo de Aramburu, Coliseo á Corazón de Jesús, 48, Caracas.—*En Cuba:* De venta en las principales farmacias y droguerías.—*En Panamá:* Gervasio García, Avenida Central, 68, Panamá.—*En Filipinas:* G. Martini, Limited, Droguería, Manila.—*En Colombia:* J. M. y N. E. Acosta Madiedo, Progreso, 5, Barranquilla.—*En Chile:* Eduardo Limiñana, Santa Victoria, 350, Santiago de Chile.—*En Puerto Rico:* José Combas, Apartado 182, San Juan.—*En Méjico:* En las principales farmacias y droguerías.

# La Esfera

Año VII.—Núm. 315

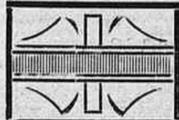
17 de Enero de 1920

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



LA TONADILLERA

Dibujo original de Enrique Ochoa



DE LA VIDA  
QUE PASA



# UN TRISTE TALENTO



Un hombre incapaz de admirar es como un par de lentes tras de los cuales no hubiera ojos.

CARLYLE.

HACE algunas noches, en una de esas fiestas de coordinación espiritual pocas veces justificadas, más deleitosas cuando una conciencia pura y activa las suscita y varias inteligencias fraternalmente conmovidas la ofrendan, me tocó sentarme junto a un amigo largo tiempo perdido de vista: y apenas cruzadas algunas palabras, vi con dolor que era uno de esos hombres cuyo triste talento no halla otro empleo que afeár la obra de la Naturaleza y el múltiple esfuerzo de los hombres. Habló mucho, habló casi él solo durante la cena, y fué un rato amargo que me trajo al recuerdo uno de mis primeros dolores espirituales: el de ver, niño aún, á un payaso de villana risa reducir los milagros realizados por el prestidigitador de artimañas. Mi amigo, como el payaso aquél, descubre las trampas divinas, merced á las cuales el alma vucla cada día sobre la bestia.

Debiera existir un mito como el de Caín y Abel al término de los troncos cardinales de la genealogía del espíritu, para situar á este hombre bajo el imperativo de un influjo ancestral que le obligase á descomponer así la Belleza y el Bien. Destruir y contaminar de putrefacción material toda armonía: he aquí la función irreformable de su inteligencia, en ocasiones tan aguda y ágil. Sirviéndose criminalmente de dos lancetas de la cirugía espiritual — el análisis y el humorismo —, asesina toda idea de ennoblecimiento, toda exaltación sentimental, toda ansia de lo precedero para relacionarse con lo eterno. Caza ilusiones á modo de mariposas, no obligado por la triste necesidad del estudio, sino para verlas clavadas, ajadas, inertes. Y si fuera sincero y no temiese la extravagancia, podría poner en sus tarjetas, á modo de título profesional, esta sola palabra: *Desilusionador*.

¿Tendrá este hombre y sus muchos hermanos ansia de vengarse de una de esas ilusiones juveniles que se encienden altas en el espíritu y dejan después un devastado yermo? No; sería hallarles un ápice de justificación... Los hombres del triste talento no tienen nada que vengar; no muestran siquiera ímpetu apasionado de error contra tal ó cual forma de la interpretación del Universo, sino un frío aguijón contra todas. Hay algo de abeja impotente en su mecanismo anímico: ven las flores más ricas en matices y jugos, se acercan, y no pueden melificar. Cuando hablan—recuerdo ahora la voz de mi amigo, su risa seca —, adoptan con preferencia el tono frívolo y buscan la complicidad del ingenio. Al principio la argucia de atacar el corazón de las admiraciones por la vía hipócrita de la anécdota, cautiva á lo peor de cada oyente; mas poco á poco, á medida que los hombres en quienes se encarnan los atributos nobles van quedando maltrechos, la atención apartase repugnada de estos seres cuyo análisis carece del anhelo de sorprender y mejorar los enigmas de la fecundación, y cuyo humorismo no tiene las dos únicas condiciones que lo realzan: la tolerancia y la alegría.

Hablan y no destruyen: rebajan, envilecen.

De su charla salen las victorias sin alas, los héroes sin grandeza, los sufridores sin ultraísmo; ninguna quimera fué, según ellos, generosamente servida; ningún poeta es capaz de quemar en su llama parte del barro originario; no existe la generosidad, es mentira la abnegación; el campo del espíritu forma árida planicie de pillaje por donde vaga, inmortal y amarilla, la envidia... Les oís, y aun cuando riáis por la malevolencia y la sorpresa de ver llegar á una alta imagen algún dardo, bien pronto sentís que bajo aquella granizada de ironías nada subsistirá después erigido é ímpoluto. Pensad de esos hombres como de un vesánico que deseara apagar los faros y dejar las naves á la ventura sobre el mar revuelto y tenebroso. Si os fijáis en la calidad desmayada de su ingenio, en su cobardía retráctil para desvirtuar las afirmaciones si alguien las refuta, comprenderéis que por sus bocas no habla el demonio, á veces grande, de las violencias, sino el diablillo anémico y siempre mezquino del tedio. No están más allá, sino más acá de todas las co-

sas; su desencanto se nutre de posibilidades no plasmadas, de comprensiones incompletas, de misantropía artificial, de espuma de entendimiento, de mordacidad de lima hartó menuda, de gracejo baldío, de auto rotismo, alcabo, propio de quienes nunca procrearán en la Naturaleza, rostro y voluntad hacia el porvenir, hijos perdurables. Y, sin embargo — dirá alguno —, triunfan, se les escucha, socavan... ¡Bah!... Una florecilla de aquellas vestidas, según Salcmón, con magnificencia no igualada por ningún rey y cualquier chispa pristina de Ciencia ó de Poesía, pesan más en la balanza de los siglos que su merodear corrosivo... No les envidiemos su talento, como no envidiamos tampoco la riqueza sombría de los avaros y la virilidad de los que no dejan al mundo carne de su carne y sueños de sus sueños.

Esta noche — me transporta á ella la evocación — mi amigo ha hablado sin tregua; yo me he apartado en cuanto pude de él, para ir junto á uno de esos hombres exaltados de anhelo que

dan, entre jirones de imposible, futuras realidades; pero he visto con dolor á otros acercarse á mi amigo, y mientras observo los rostros serenos de quienes están bajo la sombra anímica del soñador, veo en el otro grupo las risas aviesas: atavismos simiescos ó satánicos que quitan á las fisonomías el noble equilibrio de facciones. Y desde lejos, en el espejo de esos pobres rostros, he visto reflejarse, transmutadas en imágenes, las ideas malvadas contra el noble propósito que unía allí, contra la lealtad y el amor de la justicia y la belleza, contra las palabras trémulas de emoción que uno ha dicho, contra el gesto sobrio ó internamente henchido de lágrimas con que otro ha oído decir que creíamos en él y poníamos nuestra voluntad en su triunfo... Poco á poco, merced á una polarización anímica, nos hemos agrupado en dos bandos, y así pasa algún tiempo, mientras el «Si» y el «No» echan dentro de los surcos cerebrales sus semillas.

Luego, cuando las luces del salón comienzan á extinguirse y se inicia la desbandada, me acerco al mal sembrado, y sintiendo un tierno renuevo de la vieja amistad, lo tomé por el brazo, cual si necesitara sostén, y salimos juntos... La noche honda, el tililar de las estrellas, el silencio bajo el suave rumor de los árboles, el deseo de ver si el mal ha ganado por completo aquella alma que yo conocí nueva y amante, ponen en mis labios los reproches:

—¿Por qué te has hecho así? ¿Por qué te privas del placer de admirar, de exaltar, de contribuir á la creación? ¿Qué vale la rastrera verdad—acaso engaño también de los sentidos ó de la inteligencia—comparada á esas grandes ilusiones, ruedas del alma colectiva, sobre las cuales va el mundo hacia el perfeccionamiento?

Y él nada dice: calla; su risa se torna poco á poco en rictus; su bombeada frente cae sobre el pecho; sus brazos, que subrayaban hace poco la insidia, el descrédito y el rebajamiento, se borran junto al cuerpo; y si quienes antes lo admiraron entre las luces excitadoras del festín pudieran verle así, contemplarían, quizá por vez primera, un episodio del drama insuperado de la negación.

A. HERNÁNDEZ CATÁ

## ARTISTAS DE ÓPERA



MARÍA LLÁCER  
Notabilísima cantante de ópera

En el mundo lírico moderno tiene el arte español, cual siempre fué de tradición, representantes de tan alta categoría como esta gentil soprano valenciana, cuyo retrato engalana nuestra página. María Llácer, que en la presente temporada actúa con brillantísimo éxito en el Teatro Real, es, en efecto, una de las personalidades más eminentes de la escena lírica contemporánea. Poseedora de una voz espléndida, de cálido timbre, flexible y extensa, y dueña en absoluto de todos los secretos del «bel canto», puede abordar con fortuna los más opuestos géneros, desde la ópera florida de los clásicos hasta el drama wagneriano, en uno de los cuales, «La Walkyria», y encarnando el «rol» difícilísimo de Brunilda, acaba de alcanzar en el regío coliseo uno de sus más ruidosos triunfos. Este dominio técnico y esa posesión reflexiva del arte que practica María Llácer, la hacen especialmente apta para el cultivo del «lied». Bajo ese aspecto ha tenido ocasión de juzgarla el público madrileño en diversas ocasiones, corroborando el alto juicio ya formado acerca de esta eminente artista como intérprete teatral. En la presente temporada, y aparte de las obras de repertorio corriente, desempeñará la hermosa tiple uno de los principales papeles de la ópera de Strauss, «El Caballero de la Rosa», cuyo estreno esperan con impaciencia los filarmónicos.—A. B.

# EN EL JARDIN DEL GRAN VISIR



El Gran Visir Ben Azuz tomando el té en un rincón del jardín de su casa

DE un lado la vieja muralla y del otro la blanca tapia por cuyos altos bordes vierte el jardín su fronda rebotante, forman la calle solitaria donde vive Ben Azuz, el Gran Visir.

En la tapia se abre una puerta enorme que guardan varios moros sentados indolentemente fumando sus pipas de Kif.

Un zaguán empedrado; una cuadra, y en la cuadra el caballo del señor; tal es la entrada a la mansión del poderoso personaje, un poco extraña, es cierto, pero nada sorprendente para los que conocen la manera de vivir de los moros.

Subiendo una rampa se llega al jardín, un extenso jardín cargado de aromas y lleno de paz.

Es la tarde. Dora el sol las capas de los árboles, y recatadas en la umbria las flores ofrecen su perfume.

En un rincón deleitoso, cerca del surtidor que charla como una bella insubstancial y encantadora, el Gran Visir lee, y acaso medita la lectura de un libro de oraciones.

Al vernos lo abandona y nos tiende su mano llevándola después al pecho y a los labios, delicada salutación que significa: «Os llevo sobre mis labios y sobre mi corazón.»

Al sentarnos a su lado sentimos un extraño rubor estético pensando en lo que debe desentonar nuestra horrible indumentaria europea en aquel bello fondo donde tan bien encajan las blancas vestiduras de nuestro acompañante.

Un siervo negro va llenando las tres reglamentarias tazas de té, aromado con hierbabuena, que saboreamos con deleite. Apenas hablamos, embargados por la placidez del ambiente y la honda voluptuosidad del jardín.

Ante nuestra vista se tiende sediento el valle del Martín, cerrado hacia el Sur por los quebrados montes de Beni-Uadam, y en el lejano Oriente el mar traza una intensa pincelada de azul prusia que se recorta dura sobre el pálido cielo.

Es un bello paisaje que suma su belleza a la de este sitio delicioso, llenando los sentidos de un placer indefinible.

¡Oh! Estos moros ricos viven una espléndida

vida señorial de la que apenas conocemos la parte externa; este jardín cargado de vagas sensualidades y el salón fastuoso donde la luz quiebra en los brillantes arabescos y resbala por las ricas telas.

Tras las altas celosías hemos visto moverse unas caras femeninas sin poder distinguir las claramente, y esta visión nos ha hecho sentir esa inquietud que el picante misterio produce en todos los cristianos que por primera vez visitan estas ciudades moras.

¡El misterio! Todo misterio. Misterio en este vivir que se oculta a nuestra curiosidad; misterio en el sentir y en el pensar de estas gentes, que en vano intentamos penetrar.

Torpes almas las nuestras, que apenas ven a

través las palabras de otros hombres lo que nuestros ojos vieron tras las altas celosías.

Escuchamos al Gran Visir con gran atención, queriendo descubrir el fondo de su espíritu. ¡Vano empeño! Ben Azuz nos habla entusiasmado de otras civilizaciones que ya conocemos y que apenas nos interesan. Preferíamos que nos hablase de la suya, para poder penetrar en el sentido íntimo de una vida tan distinta de la nuestra.

Nos cuenta sus viajes por Alemania, su asombro ante la recia organización de aquel pueblo admirable, y nosotros pensamos al escucharle que no sabe cuán fácil y hacedero les sería a ellos, los árabes, levantar el artificioso monumento del admirado progreso, con sólo desbrozar su inteligencia abandonada durante tantos años y ponerse a bien con el ingeniero.

Ignora, tal vez, que ellos, viejos espíritus refinados, guardan, sin darse cuenta, el inapreciable tesoro de su pasada civilización, que a veces se muestra con los vivos reflejos de una exquisita sensibilidad, no ya solamente en los moros instruidos, sino, y acaso con más pureza é intensidad, en los bravos montañeses, cuya finura espiritual nos asombra, y aun nosotros, los que llevamos sangre mora mezclada con la nuestra, no pasamos de ventear las hondas y delicadas emociones que a aquellos rudos montaraces producen su cielo, sus montañas... Y estos jardines aromados, remedo de los que prometió el Profeta, los jardines regados por las aguas corrientes, puras y frescas.

En el que nos hallamos, hemos llegado a vislumbrar las delicias de las que Mahoma ofreciera en el Corán a sus fieles. Por eso quisiéramos permanecer en él, ensoñando en la paz de este retiro; pero la voz del almudano llamando a la oración nos recuerda que es tarde y es fuerza abandonarlo.

Cuando nos despedimos del Visir las sombras van borrando el paisaje; el jardín es ya todo misterio, y en el lejano Oriente, sobre el mar, y en un cielo de púrpura, surge la luna, el bello símbolo del Islam.



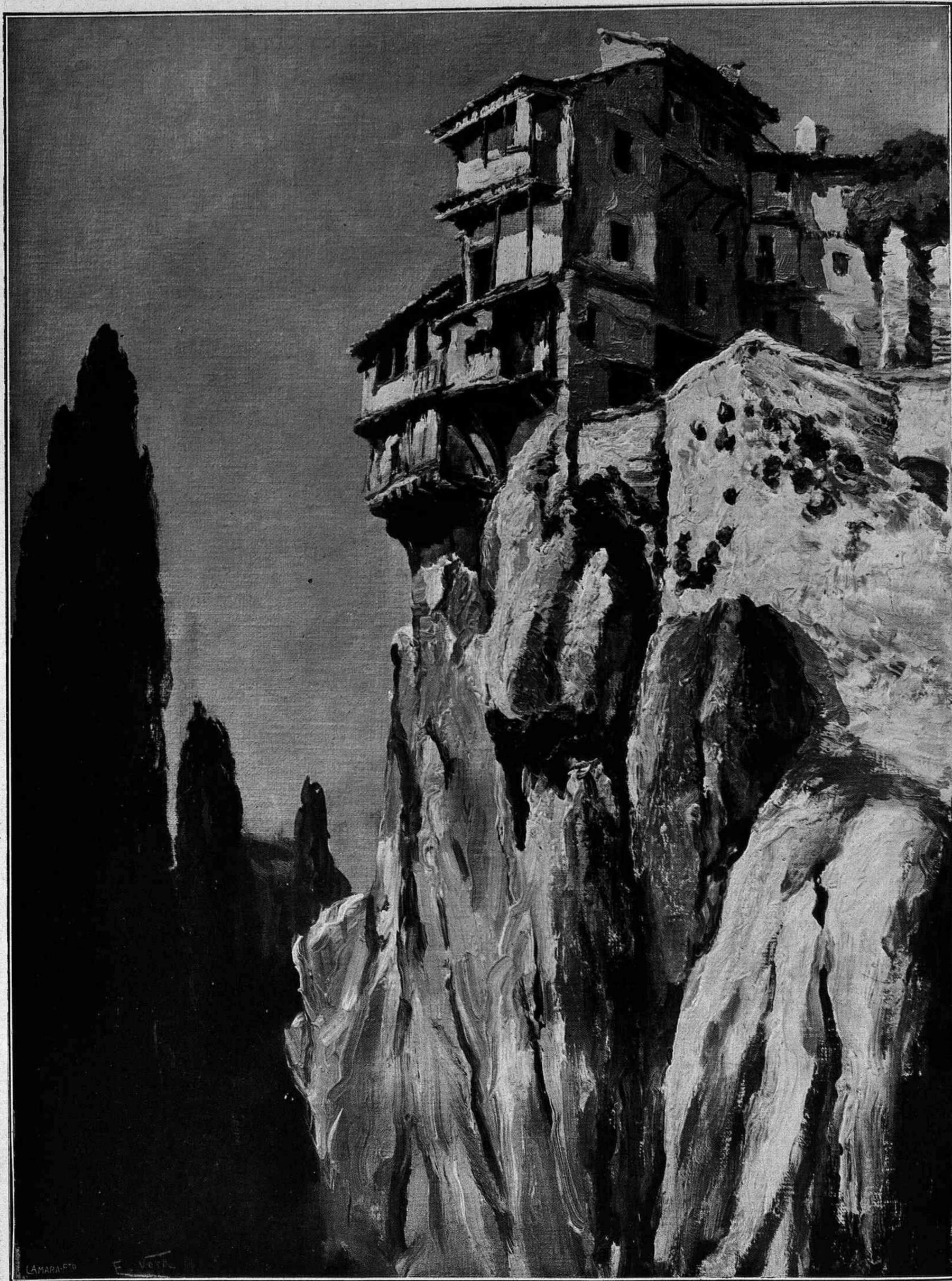
BEN AZUZ  
Gran Visir de Marruecos

FOTS. ALONSO

L. ALONSO  
Tetuán, 1919.

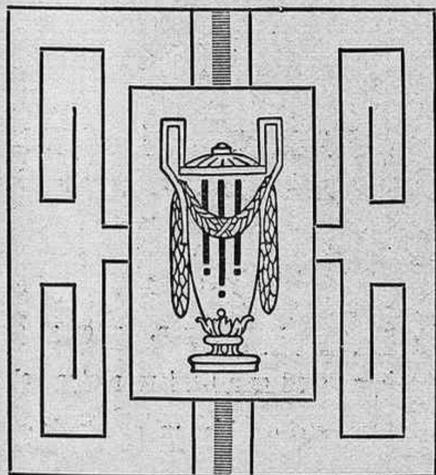
LA ESFERA

# PAISAJES ESPAÑOLES



CUENCA SOBRE EL RIO, cuadro original de Enrique Vera

SONETO DE INVIERNO



La Noche pone sombras en las calles desiertas.  
Ven; siéntate á mi lado, compañera querida,  
y mientras el Invierno llama hostil en las puertas  
y el Tiempo, el viejo Cronos, devora nuestra vida,

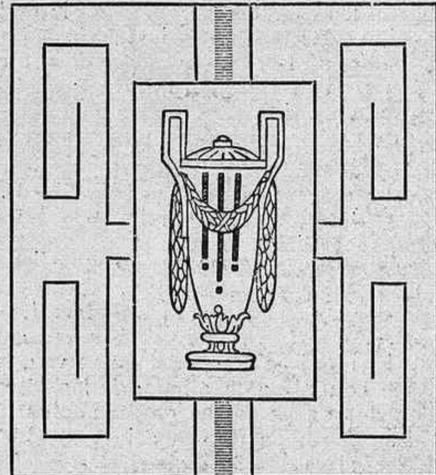
las manos enlazadas, las pupilas abiertas  
en un ansia de goces que el alma incomprendida  
nunca sació, lloremos las ilusiones muertas  
de una pasada y serena Primavera florida.

Retemos á la Vida, que es dolor y es mudanza.  
Dame el bien de tus besos. Mira, la Noche avanza;  
la Tierra está sumida en letárgico sueño;

cae la nieve... Hace frío... ¡Oh, mi amor! Ven; no tardes,  
que siento el desaliento de los seres cobardes  
ante la nieve eterna de las almas sin dueño...

Ramón DÍAZ MIRETE

DIBUJO DE VERDUGO LANDI



NUESTRAS VISITAS  
**CONCHA ESPINA**



**D**ESPUÉS de observarla un instante murmuré:  
 —Nadie dirá que es usted santanderina, Concha.

—¿Por qué? —inquirió dulcemente la ilustre escritora.

—Porque parece usted andaluza de Córdoba; y es más: si no se enfada, le diré que más bien parece usted una húngara...

Rompió su apacible dulzura en una indomitable carcajada, al mismo tiempo que comentaba:

—¡Oh!, por Dios. Yo húngara...

Tiene los cabellos negros como la endrina, y los peina con raya en medio; los rizos, de ébano, caen sobre su frente, contrastando con el brillo de sus pupilas, también muy negras. Tiene en la mirada esa tierna, esa dulce melancolía soñadora que caracteriza á las mujeres creadas por el pincel maravilloso de Julio Romero de Torres. Y así contemplándola, ratifiqué para mis adentros: parece esta insigne dama de letras una reina zingara.

El elegante, aunque un poco complicado, traje de encajes y gasas, negro, bordado en azul, le prestaba á su cuerpo, algo matronil, una graciosa vaporosidad. Muy severa en conjunto, como las místicas damas del siglo XVIII, no adornábase con ninguna alhaja; de los lóbulos rosados de sus pequeñas orejitas colgaban unas diminutas ramas de azabache con chispas de brillantes incrustadas en las hojas.

Vive al final de la calle de Goya; su despachito, muy español, está situado frente por frente á la plaza de toros.

Concha Espina, con el gesto agraciado por una tremante turbación muy femenina, esperaba en actitud de santita mi interrogatorio.

—¿Trabaja usted mucho? —comencé preguntándole.

Y con voz dulce, hasta un poco plañidera, voz de abadesa educada con la lectura de libros sacros, contestó lentamente:

—¡Oh!, muchísimo.

—¿Escribe usted con facilidad?

Hizo un gesto negativo y...

—No; tal vez porque soy muy exigente conmigo misma.

—¿Qué le gusta á usted más cultivar, el verso ó la prosa, la novela ó el teatro?

Su semblante apacible se iluminó de alegría.

—La novela... La alta novela, que ha venido á ser una transición del poema antiguo, me parece hoy la cumbre del arte y me apasiona especialmente, porque el teatro sufre hoy día una decadencia universal.

—Y dígame usted, Concha: ¿cómo se inician sus aficiones literarias?

Entornó los ojos dulcemente para recordar y, como si soñara, exclamó:

—Pues, mire usted, se despertaron casi con la razón; compuse versos sin saber escribirlos. El ambiente burgués en que yo vivía no era muy

propicio á la literatura, y escondí la vocación como un tesoro, algo medrosa de poseerla.

—Entonces, ¿cuando publicó usted en periódicos su primer trabajo?

—Verá usted: mi madre sí se ilusionaba con mis aptitudes, y á instancias de ella consentí en publicar bajo seudónimo unos versos, que aparecieron en *El Atlántico*.

—¿De Santander?...

—Sí, señor; yo tenía entonces trece años, y ya continué publicando en la misma forma algunas otras composiciones.

—Luego entonces, usted es santanderina.

—Efectivamente; nací en el mismo barrio de *Sotileza*; y allí pasé quince años muy felices con mis padres y mis hermanos. Nuestra posición social era ventajosa, y de aquella época no recuerdo tristezas ni privaciones. Todo á mi alrededor era apacible y dulce. Me educaron con mucho esmero, aunque sin prepararme para luchar con la vida; más bien sólo para gozarla y recoger sus frutos mejores... Yo era una niña seria, algo melancólica, muy llena de curiosidades, influida ya por la intuición y el presentimiento.

—¿Y se casó usted?

—Sí, me casé muy joven, y tengo cuatro hijos que son mi orgullo.

—¿Quiere usted que hablemos algo sobre el matrimonio en general?

La insigne escritora hizo un mechín de contrariedad.

—No quisiera — murmuró dolorida — tocar ese tema. — Y cambiando de gesto, prosiguió: — Contestando más ampliamente á lo que me preguntaba usted antes, le diré: que yo venero la poesía rimada; pero la primera vez que me pidieron una colaboración importante y retribuida, ofrecí unos versos, y el director del periódico, un aragonés ilustre, me dijo cariñosamente: «La vida es prosa, hija mía; envíeme usted sus impresiones de España en unos artículos.» Volví yo entonces de Chile, donde viví tres años de recién casada, y comenzaba mi carrera de periodista en *El Correo Español*, de Buenos Aires: estaba ya trazado mi destino, muy diverso al que en mi niñez pude soñar.

—¿Cuál fué su primer libro?  
—Un tomo de poesías infantiles. Le titulé *Mis flores*, y me lo prologó el delicadísimo poeta Enrique Menéndez Pelayo, mi galante caballero en aquella tímida entrada que hice por el mundo de las letras, hace ya catorce años. Por cierto que me costó bastantes apuros pagar la edición de este librito, pues yo estaba entonces en lo más recio y triste de mi lucha con la adversidad.

—Pero también habrá usted tenido alegrías, ¿no? ¿Cuál fué la más grande?

—¡Oh!; de mis alegrías no sé qué decirle á usted. Las mayores fueron tan íntimas y silenciosas, que no han trascendido nunca de mi corazón... De las que pude exteriorizar, creo que la más clara y definida ha sido la de mi regreso á España desde América, donde padecí soledades y pesadumbres que tenían á mi alma aterra da de dolor, y que ahora me parecen un sueño de otra vida muy lejana y terrible.

—¿Cuál fué su mayor amargura?  
Le brillaron las pupilas como dos brasas, y murmuró tristemente:

—Dos sobre todas: la muerte de mi madre y la muerte de mi hijo.

—¿Vive usted exclusivamente de lo que le produce la literatura?

—Ahora sí.  
—¿Cuánto habrá usted ganado con su trabajo intelectual?

—¡Ay, no sé! Nunca se me ha ocurrido sacar la cuenta, y como vivo al día, sin ahorrar un céntimo, sólo puedo asegurarle que la pluma me permite hacer años cubrir con decoro las necesidades de mi hogar.

—¿Qué vida le gusta á usted más, la de la ciudad ó la del campo?...

—La vida del campo, desde luego—dijo suspirando.

—¿Por qué?...

—Porque la conozco mucho y me enamora. Los árboles me acompañan de una manera indecible; veo en cada uno algo de la hermosura cristiana de la Cruz, y me producen hondísima con-

solación. El campo, el monte y el mar fueron siempre los grandes amigos de mi existencia en todos los países que visité; pero en el mío de Cantabria mucho más. Allí he aprendido los nombres y las vidas de las flores y las hierbas más humildes, de las algas y las conchas; aguas y tierras me han dicho sus preciosos secretos con inefable seducción...

Y hubo un silencio; yo buscaba nuevas preguntas; la escritora, con las manos cruzadas en forma de aspa sobre el pecho, esperaba placida... Al fin...

—Veamos, Concha: ¿cuál es su aspiración suprema?

—Uf... Uf... Es muy difícil contestar esa pregunta en pocas palabras, como yo quisiera; pero verá usted: en mi ex-libris hay un mote que dice:

«Velar se debe la vida de tal suerte, que viva quede en la muerte.»

Si yo consiguiera realizar esto, cumpliría mi más ansiada aspiración.

—¿Cuál es su escritor predilecto?

—¿Uno sólo en conjunto y contemporáneo?—inquirió.

—Sí, uno sólo, español.  
—Don Benito Pérez Galdós, cuya muerte me ha hecho llorar mucho.

—¿Y el poeta preferido?  
—Castellano y moderno, Rubén Darío.

—¿Y el dramaturgo?

—A eso — vaciló — ya es más difícil responder. No encontramos hoy ningún dramaturgo que llene una época de España. En este aspecto de la literatura coloco junto al mismo Galdós á Benavente, los Quintero, Guimerá y Rusiñol.

—¿Cuántos libros lleva usted publicados?  
—Diez, y estoy preparando otros dos. ¿Y usted?

—Yo diez y ocho; pero lo que interesa son cosas suyas. ¿Cuál de sus libros alcanzó mayor éxito?...

—Creo que *La Esfinge Maragata*, sin duda porque el asunto descubre el estado social de un pueblo muy extraño y desconocido... Yo no vuelvo á leer mis novelas nunca, ni las concedo importancia sino cuando las escribo, mientras vibran con mis nervios y con mi alma; pero dentro de lo posible, siento algunas predilecciones por *La niña de Luzmela* y *La rosa de los vientos*: las he vivido más...

—Usted estrenó una comedia en Eslava que se titula *El Jayón*...

—Sí, señor; hoy precisamente hace un año que se verificó el estreno, y esta fecha la considero afortunada para mí.

—Pero ¿qué ocurrió con esa obra que, á pesar de haber obtenido un gran éxito, no estuvo en el cartel más que tres noches?...

Concha Espina sonrió amargamente.  
—Es un misterio, amigo mío, que no me ha importado nada en absoluto. A falta de otros méritos, yo trabajo siempre con el más puro desinterés, sin más preocupación que la del arte, y al ofrecer al público mi primera obra teatral, toda mi ambición consistía en que se aceptara. Esto lo conseguí con creces. Las cosas incalificables ocurridas alrededor del estreno pertenecen al género turbio de miserias, que ni aun merecen los honores de un comentario y se olvidan con repugnancia...

—Es extraño el caso — comenté —, teniendo en cuenta que el director artístico de Eslava es un paladín del feminismo...

—Para qué hablar de eso, ¿verdad? — cortó, tornandó su sonrisa amarga en irónica, la escritora.

—¿Qué es lo que más la inquieta de la vida?...  
Meditó unos instantes y después, lentamente, repuso:

—Lo que más me inquieta de la vida es su consecuencia más inevitable y oscura: la muerte.

—¿Está usted satisfecha y orgullosa de su profesión?

—Mucho. Me sería imposible cambiarla por otra: me he entregado á ella como á una salvación contra todos los peligros humanos.

—¿Cómo es su carácter? Usted, Concha, indudablemente es triste.

—No lo crea usted — desechó —. Mi carácter es un poquito paradójico. Mire usted: cuando yo era una niña muy dichosa, padecí de melancolías y reconcentraciones, como le acabo de contar, y luego, cuando he corrido las más fuertes borrascas del dolor, me he vuelto alegre y optimista; salvo algunos días de niebla y de ansiedad, yo soy la que alboroto la casa con risas y bromas, siempre dispuesta á exprimir de la vida una gota de dulzura... avara, quizá, de la que por sí misma no se me vino á los labios.

—¿Cuál es la emoción que ha dejado mella más honda en su espíritu?

—Aparte las más recatadas en el profundo sentimiento, me han dejado imborrable memoria descender hasta las raíces de la tierra en mis exploraciones por las minas y ascender en aeroplano hasta los umbrales del cielo, horadando las nubes de cara al sol.

—¡Ah! — exclamé sorprendido —. Pero ¿subió usted en aeroplano?...

—Sí, señor; y bajé al fondo de las minas más peligrosas de Riotinto. En estos viajes peregrinos he gozado sorpresas y emociones indefinibles, casi sobrehumanas, que han aumentado mucho los anhelos y la inquietud de mi vida interior, ya de por sí tumultuosa...

Y la reina zingara de negros cabellos escarolados, calló...

EL CABALLERO AUDAZ



Concha Espina y su hija

FOTS. CAMPÚA

CUENTOS DE "LA ESFERA"  
EL CANTO DEL CISNE



ESTÁS mejor, Margarita?

La enferma abrió los ojos y saludó á la luz que entraba por la ventana guarnecida con alegres colgaduras de cretona. En la tarde abrilena, la terraza del sotabanco donde la pobre artista debatióse durante quince días contra la muerte, multiplicaba en su sonoridad píos de aves ebrias de sol, del dulce sol poniente que era una flecha lírica al escurrirse por la rendija de los cortinones, proyectando sobre la colcha un charco de oro.

—Sí, estoy mejor; curada. ¡Cuánto he dormido!... ¿Qué hora es?

—Acaban de dar las cuatro.

—Ven aquí á mi cabecera para que charlemos. Nunca te pagaré todo lo que por mí haces, Luisa. Aunque no me enterara en apariencia, recuerdo de estos días haberte visto como en sueños ir de un lado á otro, pisando muy despacio, inclinándote sobre la cama para saber si respiraba yo tranquilamente. ¿Quién podría olvidar eso?

—No hables tanto; quizá no te convenga.

Se había sentado Luisa junto al lecho, conservando entre las suyas una mano de su amiga, y sonreía en la penumbra de la alcoba. Un poco gruesa, vestida de obscuro, mostraba ese semblante ajado por el uso excesivo de cosméticos que distingue á la gente de bastidores; en su juventud debió de ser hermosa, y aun entonces sería sin duda á la luz de las baterías eléctricas y en la propicia distancia del proscenio.

—Oye, Luisa, no te burlés de mí y contéstame: ¿Me he aviejado mucho con la enfermedad?

—¡Qué cosas se te ocurren! Estás algo más delgada, pero no más vieja.

—Tráeme un espejo.

—¡Bah! Tiempo tendrás de verte.

Sin insistir para mirarse en el espejo, Margarita suspiró apenas entre los encajes del embozo:

—Ya no somos jóvenes...

—No, ya no somos jóvenes—hubo de suspirar Luisa á su vez.

Y al conjuro de la frase doliente la oreó una nostalgia de los años abolidos. Se conocieron en la clase de Declamación del Conservatorio de Madrid, ambas casi niñas. Venía después la lucha por alcanzar renombre, una lucha feroz en la que no triunfaban sino los infames ó los poseedores de verdadero genio; y ellas ni infames ni geniales eran. Luisa, sin embargo, se conformó á no redimirse de la mediocridad, aviniéndose á recorrer capitales de provincia con algunas compañías dramáticas sin importancia, cuyos empresarios no pagaban siempre, y por último, logró escalar un puesto decoroso en un buen teatro madrileño, desempeñando sus papeles sin grandes entusiasmos y con discreción, resignada á una gloria de segundo orden.

No así Margarita, inadaptada y orgullosa en extremo. Su temperamento de trágica se negó á aceptar desde un principio las trivialidades de las obras modernas; y como carecía de brío para la tragedia clásica—que, además, estaba de hecho desterrada—, tuvo que declararse vencida sin pelea, retirándose á vivir de una pensión exigua en aquel sotabanco donde agostó su juventud leyendo á Shakespeare... Tal vez, empero, no hubiese perdido en absoluto sus antiguas ilusiones, ¿Qué significaba si no, al cabo de tantos años de vida retraída y estudiosa, aquel temor á estar ya vieja?

Y lo estaba, efectivamente, razón por la que la otra no quiso entregarla el espejo que pidiera la infeliz. Luisa, en cambio, tenía mucho mejor aspecto, con su cutis blanco, aunque marchito; sus ojazos verdes, un poco apagados y encogidos por la edad, y su pelo castaño, en el cual brillaba alguna cana que ella no molestábase en teñir. ¿Para qué? ¿Para quién?... Cuando fue joven cuidó de su belleza á fin de que la amasen y admirasen; pero á la sazón, cerca de la cin-

cuentena, no conseguiría inspirar pasiones, y sus escasas canas todavía no se notaban desde las butacas al salir ella al escenario.

En la contigua pieza sonó una campanada de reloj.

—¡Las cuatro y media! Me marchó para llegar al ensayo del tercer acto, que es en el que tengo papel. Ahora, cuando entre en casa á ponerme el sombrero, mandaré á la doncella que venga á acompañarte.

—No; prefiero quedarme sola.

—Como gustes. Hasta luego.

ooo

Margarita siguió con ojos conmovidos la silueta arrogante de su enfermera al borrarse ésta tras la cretona rameada de una *portière*. Era muy caritativa aquella Luisa. Cuando dos semanas atrás oyó desde su cuarto, en el piso de abajo, el golpe producido por su amiga al caer presa del ataque cerebral, subió inmediatamente al sotabanco, cuya cerradura fué preciso que descerrajasen, y ya no se apartó del lecho doloroso sino para ir al teatro, en cumplimiento de su obligación diaria. Porque una obligación, y no otra cosa, constituía el teatro para Luisa, muy buena desde luego, pero nada artista, á juicio de la pobre enferma, que lo estimaba más que un sacerdocio.

Y ella, ¿era artista acaso?... Sinceramente creía que sí, puesto que siempre sintió el arte con profunda intensidad, aunque nunca supo exteriorizarlo con la misma intensidad con que lo sentía.

Recordó entonces un episodio de su adolescencia en el Conservatorio. Para el día del reparto de premios, los alumnos de la clase de Declamación iban á representar *Las troyanas*, de Eurípides, que se prestaba al caso, por tener muchos personajes y hablar poco cada uno. A Margarita la asignaron el papel de Casandra,



estudiando ella con entusiasmo increíble toda la obra, y la escena suya en particular, deseosa de posesionarse bien del alma conturbada de la virgen atroz; incluso, á fin de componer su gesto, se proporcionó una fotografía de cierto bajorrelieve antiguo que evocaba á la hija de Príamo en el instante de profetizar la ruina de los Atridas.

Ningún momento tan sublime para Margarita como aquel que debía interpretar ante el auditorio. Mientras las troyanas más ilustres, cautivas por los vencedores de la ciudad, esperaban, lamentándose, á que las embarcasen en las naves donde habían de conducir las á las moradas de sus dueños, salía de una tienda Casandra, enloquecida de repente por el dios Apolo, frenética, con el cabello suelto, y llevando en la mano una antorcha encendida, pronunciaba las inolvidables frases precursoras de la fatídica predicción: «¡Levantáos; echáos á un lado! ¡Traigo la luz!»

Durante unos días Margarita prescindió de su personalidad para convertirse en la propia Casandra, viviendo en una alucinación la espantosa catástrofe de que fué víctima la hija del asiático rey. Y sin embargo, cuando se celebró el primer ensayo; empezó á recitar su parte, falta de energía y como con miedo.

Don José, el catedrático, un gran actor lleno de años, la dijo mansamente: —Usted, señorita, no comprende á Casandra.

Si la comprendía, la comprendía en absoluto, pero no lograba manifestarla de buenas á primeras. Repitió, pues, las frases iniciales, y don José, el anciano profesor, repuso con dulzura:

—Esa no es la voz de Casandra, señorita. Repare usted en que se trata de una patricia á la que los ejércitos de Agamenón la han matado á sus hermanos y á su padre, cuya madre y cuya cuñada, Andrómaca, están cautivas como ella, y que, para colmo, ha sido destinada por la suerte á servir en calidad de esclava y concubina al propio Agamenón, el hombre odiado; además, el dios Apolo, de quien era sacerdotisa, la ha puesto demente de improviso, y profetiza casi sin saber lo que dice: las mismas alusiones que hace á su ilícito himeneo, igual pueden ser un despropósito que un sarcasmo. Casandra ha de gritar, ha de tropezar en su desatentada carrera con la antorcha, ha de tener los ojos extraviados, ha de llorar y ha de reír á una.

Nuevo intento de Margarita, que ignoraba demasiado todo aquello, y don José acabó por desistir en su propósito de adiestrar á la alumna.

—No, esa no es la voz de Casandra—insistía—. Nada, está visto que no se adapta usted al tipo... Pero no se apure, que la cosa se arreglará al punto. Y la dieron otro papel menos importante.

Desde aquella ocasión, si bien jamás hizo el ridículo, vió siempre, en un desdoblamiento de su cerebro, cómo no daba á los personajes interpretados el calor de humanidad con que los percibía debatirse en su espíritu, y era ella, no el público, la descontenta. Luego, cansada pronto de representar en espectáculos circunstanciales sin obtener una contrata alentadora, abandonó el teatro, mas no sus aficiones; y estudiaba en casa con verdadero ahinco, cual si en breve hubiese de surgir ante un concurso refinado y selecto. Era artista por naturaleza; pero carecía de expresión... y, sobre todo, ya no estaba joven.

Otra vez la acució el prurito de ver en un espejo los devastadores rastros que la enfermedad dejara en su persona. Saltó á tierra, envolviéndose en una bata oscura que tenía, por el corte, solemnidades clásicas de peplo—una bata de actriz—, descorrió las cortinas para que entrase más luz, y se acercó á la luna del armario. ¡Oh! No parecía una mujer, y sí sólo una sombra; bajo la medusiana confusión de la encrespada cabellera la brillaban los ojos febrilmente, en la profundidad de las órbitas hundidas; diríase que los pómulos iban á romper la piel, y aquellos hombros puntiagudos ofrecían algo de macabro. ¡Hasta qué extremo hubo enflaquecido en dos semanas!... Se notaba también muy débil y como con el cráneo vacío, aunque no sentía ni amagos de los crudelísimos dolores de cabeza que precedieron al ataque.

Sin embargo, no se encontraba vieja. Aquel rostro esquelético con pupilas de brasa y coronado por cabellos de furia; aquel cuerpo más espectral que tangible; aquella crispadura de todas las facciones constituían la representación eterna é inmutable del dolor humano y no denotaban una edad precisa. Era su aspecto entonces el aspecto de Julieta, tras de su fingida muerte, ante el cadáver de Romeo en el panteón; el aspecto de la Dama de las Camelias en la mañana fúnebre, el aspecto de Casandra loca.

¡Casandra!... Si viviese don José, el antiguo catedrático del Conservatorio, no desistiría ya de que Margarita encarnara el personaje, siquier no fuese más que por la apariencia. Pero, ¿y la voz?... ¿Conseguiría entonces producir la sensación exacta de aquella voz difícil al lanzar el desatinado grito inicial de su papel?

A través de centurias y milenios, por instantes, la remota princesa iba posesionándose del alma de la pobre Margarita, quien á la sazón sentíase de verdad Casandra, influyendo de un modo increíble su prestancia sobre su exacerbado temperamento artístico. En defecto de una antorcha, encendió una vela, y allí, frente al espejo, trémula de entusiasmo y calentura, realmente enloquecida, como la propia Casandra, por el fracaso de su existencia rota en otro orden, con la bujía llameante en alto, pronunció las primeras frases de la escena euripidiana:

—¡Levantáos! ¡Echáos á un lado! ¡Traigo la luz!

Por fin, después de años y años, conseguía hablar con la voz horrenda de Casandra, la voz indefinible que creyó no llegaría á sorprender nunca. Si don José la hubiese oído entonces, ¡cómo aplaudiría y se regocijaría, de seguro!... A pesar de su debilidad, recordaba los parlamentos cual si acabase de aprenderlos, movida de un raro acceso de eretismo, sólo explicable por su hiperestesia. Tras de la estrofa vino la antistrofa, y Margarita seguía recitando sin cansarse, prescindiendo de cuanto la rodeaba, ajena á todo lo que su papel no fuese.

Estaba casi hermosa en su actitud; hermosa de grandeza, aun desposeída de exterior encanto alguno. Era Casandra, sí; Casandra rediviva, pidiendo al coro que cantase y bailase para festejar sus odiosas bodas en un país lejano; Casandra augur, presintiendo su muerte y la de sus verdugos; Casandra tal como la soñara el divino Eurípides al escribir su magnífica tragedia, hacía veinticuatro siglos.

Se interrumpió de pronto, y, sin poder prevenir la inminencia del nuevo y aún más repentino ataque, cayó al suelo deshecha, igual que un trapo... Al desplomarse Margarita, la llama de la vela prendió en una cortina, que comenzó á arder como Troya en el final de *Las troyanas*.

## ANTOLOGÍA DEL VINO

## II

EL vino, el *bon vino*, el bíblico *vinum bonum*, que alegra el corazón de los hombres, tiñe, al modo de rubicundo vapor, el orto mañanero de la musa castellana. Casi nos sentimos inclinados á declarar que sin el cordial y lírico aliciente del *bon vino* no hubiera habido poesía española. Troveros, juglares, así de boca como de péñola, y hasta los letrados, maeses del mester de clerecía, como nos comunica Gonzalo de Berceo, adobaban y cantaban sus prosas rimadas demandando por todo estipendio un vaso de *bon vino*. No hay que decir si el jocundo Ivan Roiz, arcipreste en Hita, fué excelente catador de mostos. En los orígenes de la poesía castellana el *bon vino* cumple su menester religioso, como en el oficio de la misa. La veneración al *bon vino* ha inspirado páginas imperecederas en la literatura española, y la más reciente de todas un poema así titulado: *El bon vino*, de don Enrique de Mesa.

En el siglo XVIII, la época del neoclasicismo y de la afectada imitación de los antiguos, se puso de moda cantar el vino, porque en siglos remotos lo habían cantado Anacreonte y Horacio. Menudean las anacreónticas; pero la mayor parte de las veces, á través del tono alfeñicado y premioso, creemos advertir que el cantor no era un vinolento precisamente; antes bien, un torpe simulador de vinolencia. Casi todas las anacreónticas del siglo XVIII se nos figuran tan inocentes y convencionales como el «á beber, á beber y á apurar—las copas del licor», de la zarzuela camprodoniana, y nos traen á la memoria un personaje de *La Regenta*, de Clarín, el canónigo baturro Ripamilán, casto y abstemio como un pez, que se pasaba la vida componiendo epigramas lascivos por no ser menos que su paisano el bilbiliano Marcial.

Escuchemos el *Himno á Baco*, del melifluido Meléndez Valdés:

Bebamos, bebamos  
del suave licor,

(Por lo pronto, ya pide que el licor sea suave, un licor para señoras.)

cantando, beodos,  
á Baco y no á Amor.

(Lo cual nos maravilla, pues el amor y el vino eran dos temas inseparables para los antiguos. «Cantó Anacreonte el amor y el vino», dice Menéndez y Pelayo, en una de sus epístolas poéticas.)

Amigos, bebamos,  
y en dulce alegría  
pasemos el día;  
la copa empinad.  
¿En qué nos paramos?  
La ronda empecemos,  
y á un tiempo brindemos  
por nuestra amistad, etc., etc.

Falta la facundia báquica. Meléndez debía de beber un vino muy aguado.

En D. José Iglesias hallamos una letrilla villanesca que transcurre un tanto el humillo acre de los vinos plebeyos, envuelto en ciertas emanaciones aromáticas de *bouquet* horaciano:

Yo, que nada bueno  
en el mundo toco,  
hacia mi taberna  
me voy poco á poco.

Que otros vayan á tentar fortuna con doncellas hacendadas, ó navegando á través de los mares, ó combatiendo en las guerras; que otros busquen el deleite en el recato del hogar ó en las mancebías:

que yo á mi taberna  
me voy poco á poco.

Don José Cadalso, en una de sus anacreónticas, se pinta á sí propio como Baco, descendiendo sonriente de una colina, una botella en la mano, hiedra y pámpanos en torno á las sienes, rodeado de zagales y mirtos con panderos. La pintura es perfectamente falsa, fría y artificiosa, muy siglo XVIII. En otras composiciones encarece el «néctar jerezano, el mosto manchego y los licores béticos». Notoria es, sin duda, la diversidad y gracia saludable de los vinos españoles. Alfonso el Sabio los reputa los mejores del universo mundo. El Padre Mariana ha-

bla de la nobleza de las viñas y del vino excelente, y refiere, fundándose en la autoridad de Diodoro Sículo, que uno de los primeros Reyes de España fué Osiris, á quien por otros nombres llamaron Baco y Dionysio, con que no es de extrañar la riqueza de nuestros viñedos.

Los románticos del siglo XIX, que, por raro y paradójico modo, tanto se asemejan á los seudoclásicos del XVIII, cantaron el vino y celebraron las orgías, afectada y cándidamente también.

Sus canciones jamás suelen á ditirambo, al menos para mí.

Hay que retirarse hasta el siglo XV para sentir la verdadera, la genuina, la entusiasta, la efusiva devoción al vino. En la Celestina se contiene la letanía del vino. Dice Celestina: «Pondré cabe mi este jarro y taza, que no es

## DIVINA DISTANCIA

Porque esplendes, tierra mía,  
tras la bruja lejanía;  
por eso, por lo distante,  
soy tu amante.

Porque te fuiste, mujer,  
de la mano del ayer  
y no vienes si te llamo,  
aun te amo.

Porque — ciudad que no vi —  
es todo posible en ti,  
remota nube de oro,  
te adoro.

Porque — fecha dolorosa —  
fuiste espina y eres rosa,  
dulcedumbre y no castigo,  
te bendigo.

Porque — amigo desleal —  
ya se marchitó tu mal  
y ni devolverle espero,  
aun te quiero...

¡Embaucadora distancia  
— tiempo, espacio, tú, dulzura —  
que todo lo transfigura  
y lo convierte en fragancia!...

Ella transforma la hiel  
en miel;  
ella embota lo buido  
y aviva lo desvaído;  
ella arranca á lo ramplón  
un son,  
y urde en lo que nos lastima  
una ruina...

Ella, ¡distancia hechicera!,  
sigue enseñando á esperar  
al terco que nada espera  
y que no sabe dejar  
de soñar...

E. RAMÍREZ ANGEL

Caracas, 1919.

más mi vida en cuanto con ello hablo. Después que me fui haciendo vieja, no sé mejor oficio á la mesa que escanciar, porque quien la miel trata, siempre se le apega de ella. Pues de noche en invierno no hay tal escalentador de cama, que con dos jarrillos de éstos que beba cuando me quiero acostar, no siento frío en toda la noche; desto aforro todos mis vestidos cuando viene la Navidad; esto me alienta la sangre; esto me sostiene continuo en mi sér; esto me hace andar siempre alegre; esto me para fresca. Desto vea yo sobrado en casa, que nunca temeré el mal año; que un cortezón de pan ratonado me basta para tres días. Esto quita la tristeza del corazón, más que el oro y el coral; esto da esfuerzo al mozo y al viejo fuerza; pone color al descolor, da coraje al cobarde, al flojo diligencia, conforta los cerebros, saca el frío del estó-

magó, gusta el hedor del anélito, hace potentes los fríos, hace sufrir los afanes de las labranzas á los cansados segadores, hace sudar toda agua mala, sana el romadizo y las muelas, sostiénese sin heder en el mar, lo cual no hace el agua. Más propiedades te diría dello, que todos tenéis cabellos; así que no sé quien no se goce en mentallo. No tiene sino una tacha, que lo bueno vale caro y lo malo hace daño.» No hay una locución débil. Todas las frases tienen enjundia y cuerpo; son condensaciones de una larga experiencia báquica. ¡Qué diferencia entre esta facundia generosa y el fárrago palabrero de los seudoclásicos y de los románticos! Lo uno es realidad, lo otro literatura.

No hemos de olvidar una sentencia homérica que pronuncia Don Quijote aconsejando á Sancho antes de enderezarse al gobierno de la insula: «Sé templado en el beber, considerando que el vino demasiado ni guarda secreto ni cumple palabra.» Pero adviértase que Don Quijote dice el *demasiado* vino.

Algún lector se sorprenderá de que no hayamos mentado á Anacreonte sino de pasada; Anacreonte, el primer cantor del vino en el orden del tiempo. Le hemos dejado de propósito para lo último. Anacreonte era jonio, es decir, de aquella raza pura é inteligente enamorada de la voluptuosidad y de la música. Rubén Darío indica que en el reino de las sombras se entienden Anacreonte y Omar Kayam. Hay, en efecto, entre los dos cierta similitud superficial: los dos fueron libidinosos y vinolentos, pero se distinguen profundamente por el carácter. Omar era oriental; Anacreonte, occidental. En Omar, la lujuria es melancólica y desesperada (la carne triste de que habla el *Eclesiastés*) y su borrachera es llorona. La lujuria de Anacreonte, es alegre y su embriaguez festiva. Anacreonte más que un muchacho dado á beber y á retozar con lindas muchachas, es la encarnación ó símbolo del puro devoto de Baco y Venus. Vivió ochenta y cinco años (para que se diga que el vino y el amor consumen; los italianos tienen un proverbio que dice: *Bacco, tabacco e Venere riducon l'omo in cenere*), y murió, á lo que asegura la leyenda, atragantado por una pepita de uva.

Dos son los polos de la poesía anacreóntica: primero, el gusto por las bebidas. Escuchémosle: «La sedienta tierra se empapa de lluvia. Bebe y se alampa por beber más. Las plantas chupan de la tierra y bebiendo sin vado se mantienen verdes y gentiles. El mismo mar—¿quién diría que el mar está sediento?—se bebe dos veces diez mil ríos, tan caudalosos, que desbordan su vaso. El afanoso sol—como presumís por su rostro de borracho—se bebe el mar. Luego, luna y estrellas se beben el sol, y á tiempo que beben danzan á su propia luz y están de juerga toda la noche. Nada en la noche es sobrio. Es un brindis inacabable que va á la redonda, de uno en otro sér. Por lo tanto, llenemos el ánfora hasta el cuello, llenemos los vasos. ¿Por qué han de beber todas las criaturas, menos yo? ¿Por qué, hombres sesudos y graves, decidme por qué?» El otro polo es el aborrecimiento al dinero. Estando Anacreonte viviendo en Samos, Polícrates, el Rey, le regaló con cinco talentos (cada talento valía sobre 1.180 y 1.515 duros). Anacreonte pasó dos días y dos noches de insomnio pensando qué haría con tanto dinero, y al cabo devolvió la dádiva diciendo: «No vale los cuidados que da.» Uno de sus poemitas, titulado *Oro*, revela el íntimo sentir del poeta: «Maldito el que descubrió el dinero. Maldito el que extrajo el metal. Maldito el que lo fundió. Maldito el que lo acuñó. Y mil veces maldito el primero que lo usó en amorosos tratos.»

El ideal de Anacreonte—y por extensión de la cultura grecolatina—se cifra en la vida quieta y armoniosa, el refinamiento de los sentidos, el hedonismo módico, el ocio voluptuoso y discursivo. El ideal norteamericano se cifra, ante todo, en la conquista del oro, todo lo demás, la vida enérgica, el culto del músculo, el espíritu de emulación y de combate, la austeridad de las costumbres, son medios que conducen hacia aquel fin. Anacreonte nos proporciona una clave con que descifrar la nueva ley norteamericana contra la bebida.

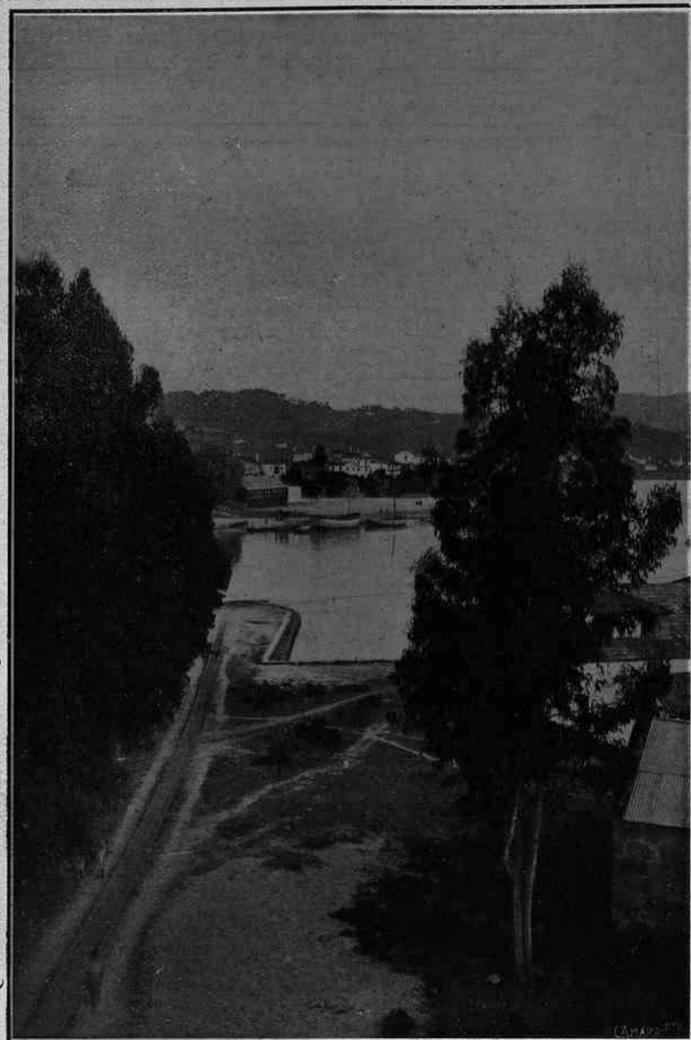
RAMÓN PÉREZ DE AYALA

# EL SHAH DE PERSIA EN LONDRES

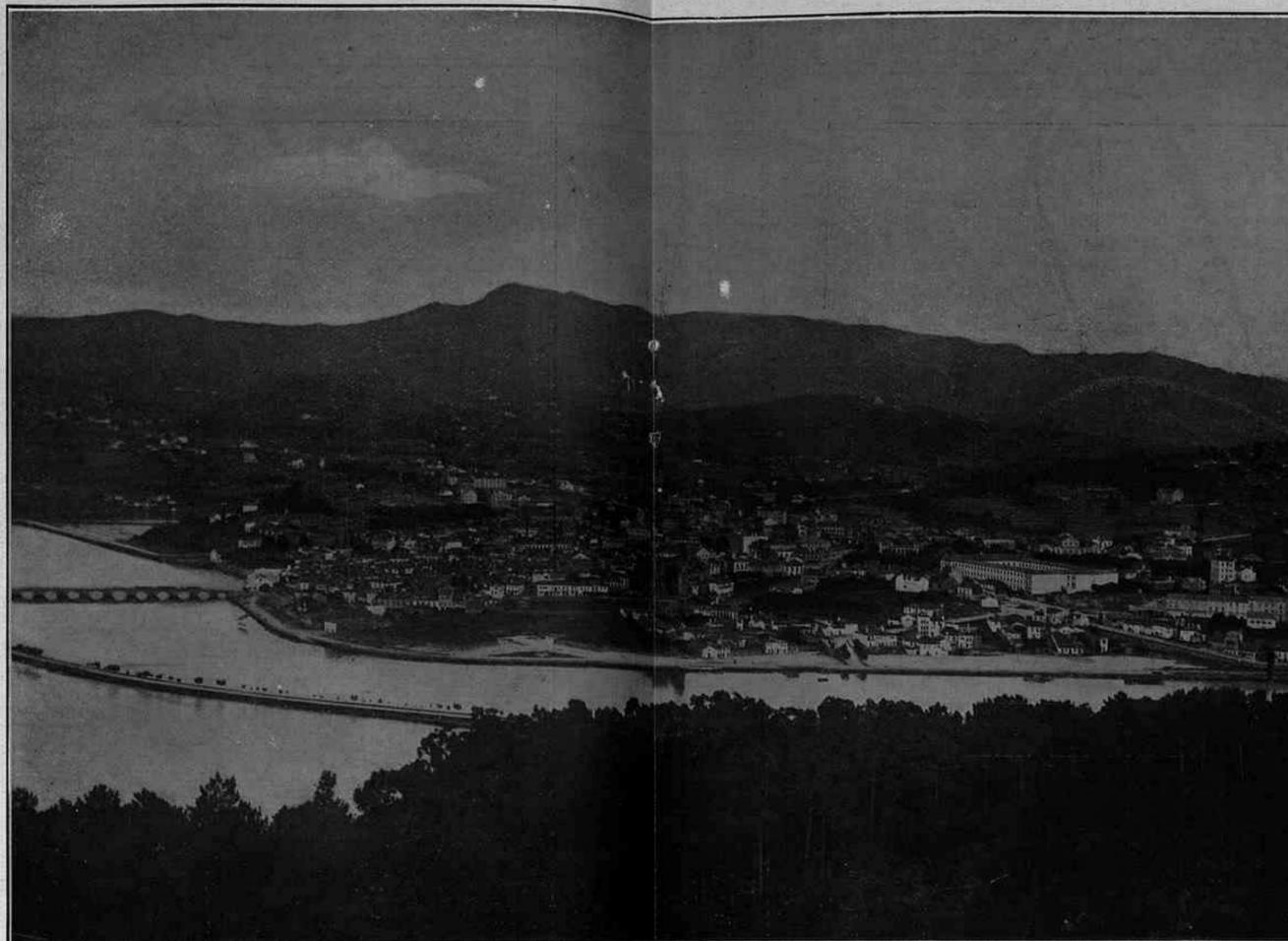


EL SHAH DE PERSIA EN SUS HABITACIONES DEL PALACIO DE BUCKINGHAM, DE LONDRES, DURANTE LA RECIENTE VISITA QUE DICHO SOBERANO HIZO A LA CAPITAL DEL REINO UNIDO

DIBUJO DE MATANIA



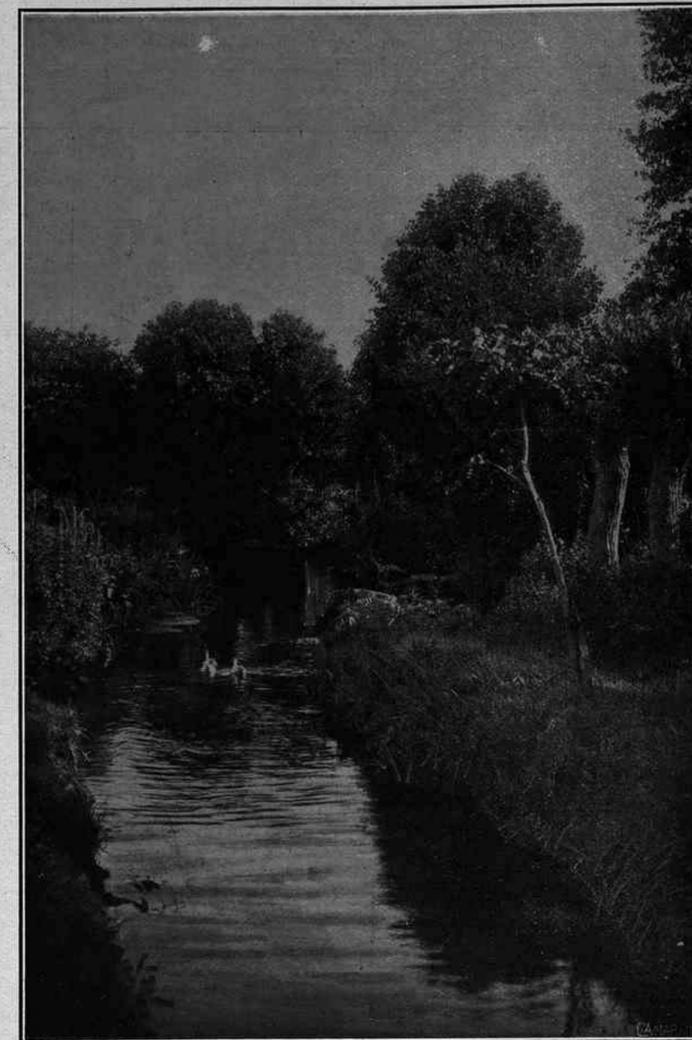
El río Menesco, en Pontevedra



Vista panorámica de Pontevedra y su ría

FOTS. RODRÍGUEZ SANTOS

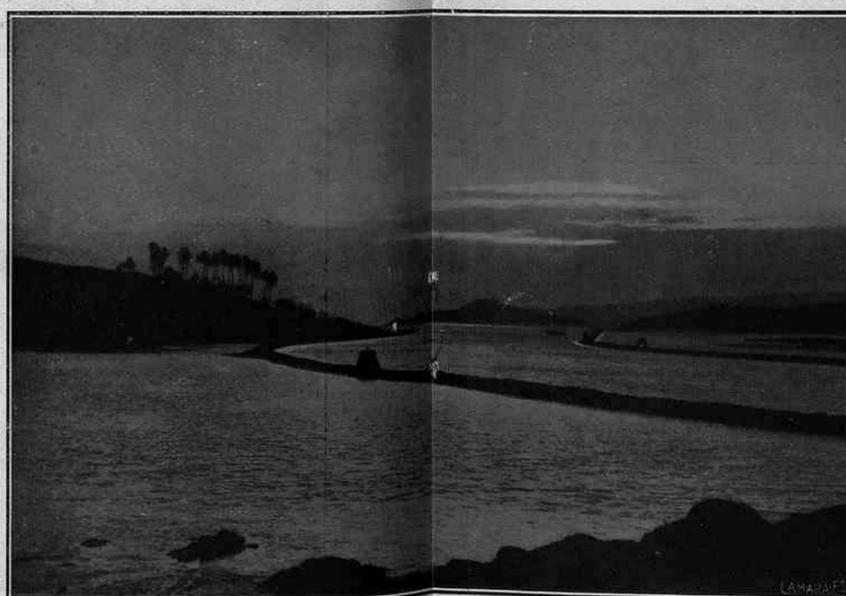
En nuestra admirable región galaica, bello país de la alboraca y del ensueño, es, sin duda, el más encantador de los paisajes el que sirve de gala y legítimo orgullo á la provincia de Pontevedra. La Naturaleza ha prodigado allí los tesoros de una exuberancia deliciosa envuelta en un ambiente de dulce y poética melancolía que deleita y subyuga... La famosa ría de Pontevedra, que los navegantes denominan de Marín, por llevar este nombre uno de sus principales fondeaderos, tiene, como la de Vigo, una barrera de islas y escollos que producen el sorprendente efecto de un rompeolas capaz de resistir el furioso ímpetu de las grandes marejadas que agitan constantemente la costa occidental de Galicia; esa costa accidentada donde dominan sierras escabrosas cuyas estribaciones descienden para descomponerse en numerosas puntas que limitan frondosas cañadas, extensos y variados senos, rodeados en su mayor parte de playa limpia, á manera de espejo natural... Los alrededores de Pontevedra están poblados de «quintas» y casas de recreo, para delicia de sus moradores y para éxtasis del viajero artista



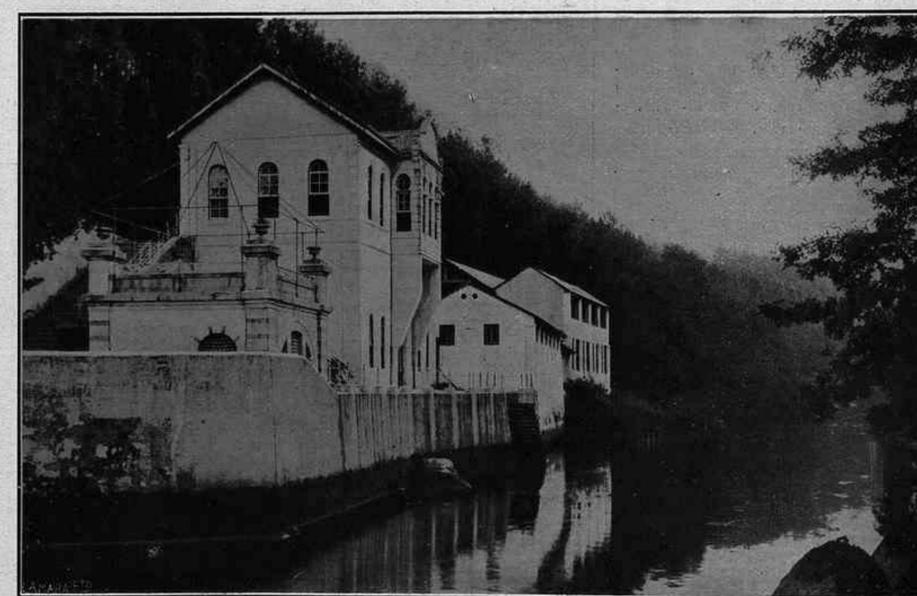
Un bello paisaje de Pontevedra



Muelle en la desembocadura del río Lérez



Un aspecto de las obras de canalización, que unen Pontevedra con Marín



El río Lérez y el depósito de aguas medicinales que llevan su nombre

VIDA ARTÍSTICA  
LAS ÚLTIMAS EXPOSICIONES



"Olivos del valle de March"

(Paisajes mallorquines, originales del pintor cubano Domingo Ramos)



"La cala de San Vicente"

NUEVAMENTE el pequeño Salón del Ateneo —más sucio, más tristemente sucio y decadente que nunca—ha vuelto a cobijar rápidas exhibiciones artísticas.

Primero á un pintor húngaro. Después á un pintor alemán.

El húngaro, Emanuel D. Bereny, es muy joven. Hijo del retratista que á comienzos de la guerra alcanzó alguna reputación en España, Emanuel Bereny tiene ciertas condiciones pictóricas, pero todavía muy en los comienzos.

Su simpático desenfado de paleta le salva de peligros inherentes á las impacencias juveniles. Sus paisajes, un poco agrios, un poco inverosímilmente dotados de la misma luz é igual ambiente todos, son menos interesantes que los interiores.

Esto último parece iniciar ya la futura personalidad del joven Bereny. Son interiores de domicilios particulares ó de residencias regias ya casi con prestigio nuneal, como el palacio de Aranjuez. Se piensa vagamente en ciertos cuadros de Martí Garcés, el pintor catalán. Es el mismo concepto de dotar de alma á las cosas, á pesar de la obsesión de inventariarlas plásticamente. Y á veces un soplo de inquietud, de misteriosa melancolía, pasa por estas notitas, donde el Sr. Bereny ensaya su temperamento.

El pintor alemán Jorge Zockoll está más definido y más fuertemente acusado. Al principio de la guerra conocimos sus dibujos editoriales, sus apuntes tomados á lo largo de una vida gírovaga, de expatriado. Ahora, después de cinco años de silencio y de olvido—¡cinco años difíciles que parecen haberle envejecido el alma á compás del cuerpo!—, Jorge Zockoll reaparece con esas testas de gitanos y de mujeres que tienen un sabor realista y vigoroso.

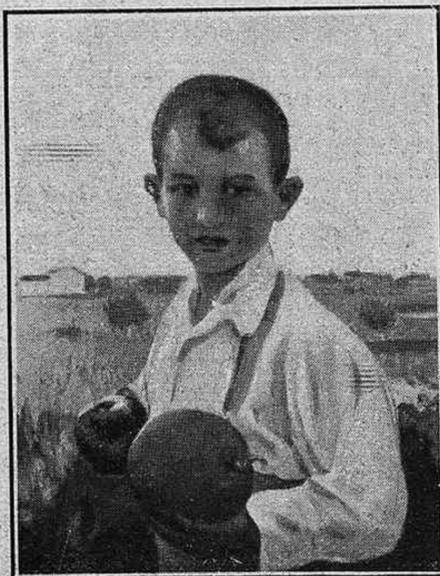
Zockoll interroga los espíritus á través del

ahincamiento formal de los rasgos fisonómicos. Una poderosa vitalidad expanden sus rostros de gentes oscuras é innominadas, de los pobres modelos que se ofrecieron por compasión ó por simpatía de fraterna lucha al pintor pobre. Ahora, como las páginas bravas y ásperas de ciertos novelistas rusos, esos retratos expanden un vaho de humanidad al rostro y al corazón de quien les contempla.

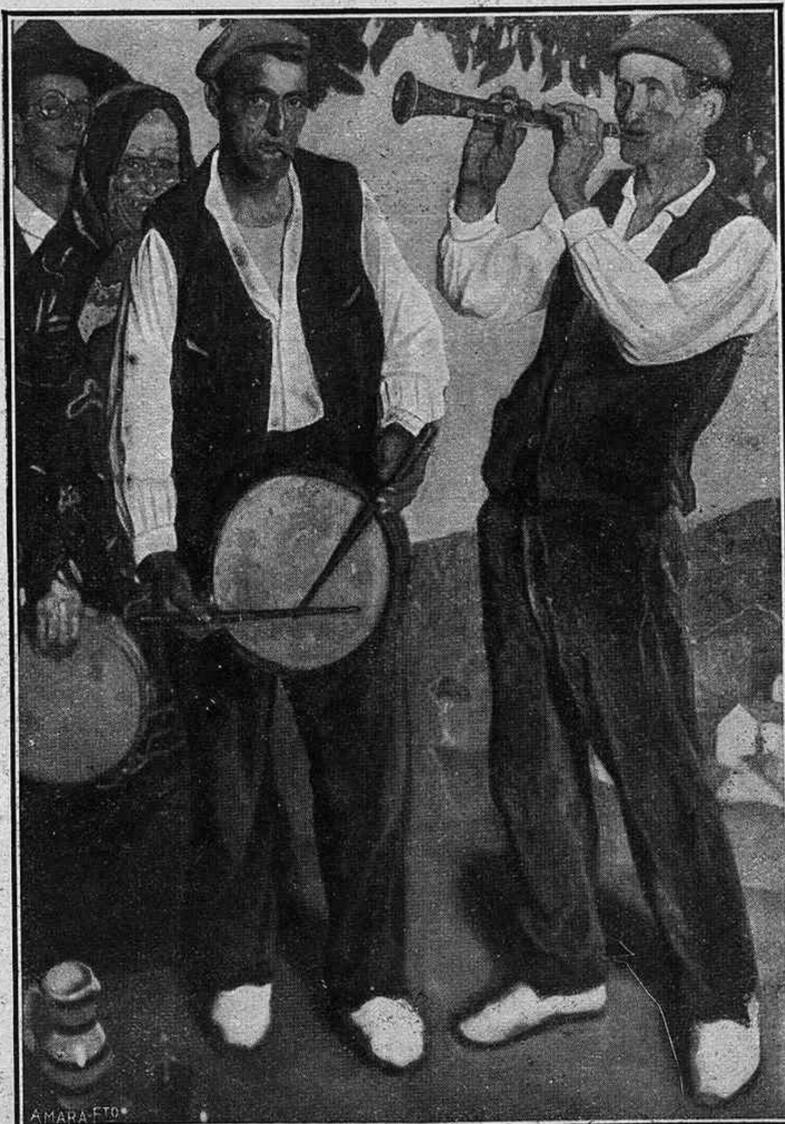
¡Aquel *Busto de mujer*, turbador de tan cálida sensación de animalidad encelo! ¡Aquel gitanillo elástico y hermoso como un cachorro de tigres! ¡Aquella *Vieja mendiga* que hace pensar con un extraño dudismo de pensamientos en aquelarre y en escena sentimental de abuelita velando sueños cándidos de nietos! ¡Aquella *Madre* simple y conmovedora, como una clara maternidad de Mary Cassatt! Y de cuándo en cuándo, los *fondos* donde alientan estas figuras en la vida real, reproducidos con la fidelidad de esos viajeros poetas que llevan siempre abierto su libro de notas y la sensibilidad siempre desnuda.

ooo

En el Salón Arte Moderno expuso un pintor cubano, Esteban Domenech. Pensionado por el Gobierno de Cuba, en Madrid, va lento, pero seguro, por caminos paralelos desde hace algún



"El niño de la sandía", cuadro del pintor valenciano Victor Moya



"Los piteros", cuadro del notabilísimo pintor montañés Ricardo Bernardo



"Retrato", cuadro del pintor valenciano Victor Moya



"Vieja mendiga", cuadro del pintor alemán Jorge Zockoll

tiempo. Primero en la coexistencia, plena de revelaciones, de los Museos, buscando el doble secreto de la técnica y del alma a través de los cuadros de ayer. Domenech es un excelente copista. Ha llegado a la empresa de interpretar ese tratado de la pintura que se llama *El entierro del conde de Orgaz*, con una elocuencia pasmosa.

Su amor al Greco le contagió de misticismo algún tiempo. Su paleta se emordecó demasiado de asfaltos. Lienzos bituminosos contrastaban con la alegría cordial expansiva, un poco ruidosa, del pintor. Toledo le ha servido para alegrar, parejamente con el temperamento, su pintura. Paisajes muy soleados, callejas muy floridas, cielos muy azules, y sobre todo, ese regocijo palpitante de la luz libre en el aire, que nada falsifica confinándole.

Finalmente, unos meses en la Cartuja del Paular le afina más aún esa luminosidad y la eleva de concepto estético.

ooo

En el Ateneo de Santander ha expuesto Pedro Bernardo, un pintor montañés que pertenece por derecho de su juventud al grupo de los ya destacados, como Alvear, Espinosa, Cossío y algún otro. Pero Pedro Bernardo independiza su personalidad y sus actos. A las Exposiciones colectivas no suele concurrir. Frente a los tradicionalismos y normas históricas, se encoge de hombros. Está orientado hacia las tendencias filiales del postimpresionismo francés que expresan los modernos vascos y catalanes a través de su indudable racialidad.

No he visto muchas obras de Bernardo; pero en las que he visto, hay expresión tenaz y hallazgo feliz de fórmulas nuevas con sólidos principios eternos. Los temas preferentes de Pedro



"Misticismo", cuadro original del pintor cubano Esteban Domenech

Bernardo son figuras y lugares típicos de la Montaña. En este renaciente amor a la tierra matriz y nutriz que ahora redime a los escritores y a los artistas españoles, él quiere también fijar el acierto de su colaboración ideológica.

Hace bien. En definitiva, estos artistas que hablan claramente, sencillamente, de los hombres y las cosas que les son más afectas y cotidianas, volviendo la espalda a los cementerios nuneales y a las pasticherías de seudos clasicismos arcaizantes, son los que permanecerán al otro lado de su época.

ooo

En Barcelona, y en las Galerías Layetanas, han expuesto cuatro pintores cubanos pensionados en España: Julio Hernández, Guillermo Alvarez Jiménez, Antonio Sánchez Araujo y Domingo Ramos.

Separemos a este último. Es un paisajista. Un paisajista que ha permanecido largo tiempo en el espectáculo prodigioso de Mallorca.

Mallorca es la atracción legítima de los pintores americanos. Una nostalgia íntima les lleva hacia su magia lumínica a estos momentáneos y



"Joven gitano", cuadro del pintor alemán Jorge Zockoll

voluntarios del otro lado del mar. Allí pintó el uruguayo Castellanos, que tan efectivo éxito acaba de obtener en el Salón de Otoño; allí el mejicano Montenegro, el argentino Riccio y ahora el argentino Octavio Pinto, que en sus cartas deslumbradas y encaldecidas me anticipa la visión de sus cuadros, que seguramente resplandecen.

Domingo Ramos glosa también en ese tono orquestal que impone el tema polifónico de la Isla Dorada, los diversos aspectos de calas, pinos, playas y cumbres. Madrid necesita ver esos cuadros, porque Madrid les dará, además de la mediterránea sanción de Barcelona, ese comprensivo amor que tiene para las bellezas que le son inaccesibles de otro modo más tangible en su cinturón de tierra árida y pueblos yertos.

Porque Madrid es un enamorado del mar lejano y de la América, más lejana todavía, de donde acudió este pintor fragante y optimista como su nombre.

ooo

Un pintor valenciano, Víctor Moya, ha expuesto también en Barcelona y en las Galerías Layetanas. Retratos, figuras femeninas, toda una serie de obras que se ven con agrado y simpatía, aunque se coloquen voluntariamente un poco al margen de la pintura ultramoderna y de la pintura clásica.

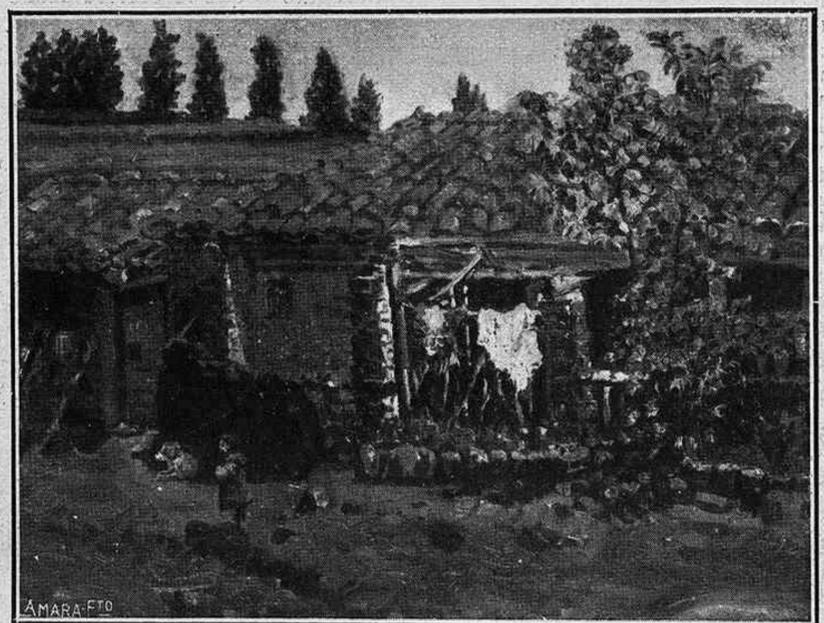
Víctor Moya estuvo pensionado en Roma. Yo creo que es preciso olvidar las pensiones de Roma. Tal vez suprimirlas.

Moya la olvidó luego de retornar a Valencia, que es una Escuela palpitante e iluminada a todas horas y en todos sus sitios. Así, su pintura está llena de gracia, como una virgen de oración y como una doncella levantina.

SILVIO LAGO



"Interior"



"Paisaje"

(Cuadros del pintor húngaro Emanuel Bereny)



PENAGO  
XIX

## UN PALCO DE HOMBRES

ESTÁ ya en la categoría de institución la costumbre de que varios compañeros en el mundanismo se abonen á un palco. Y ello ocurre en Londres y en París como en la más humilde capital de provincias. No falta nunca en ningún teatro la *loge* que supera á las demás por la pulcritud, acaso la ventaja de un espejo con su marco de peluche, y la intriga de un revoltijo de fotografías de artistas; panoplia galante que vislumbran desde sus butacas los honrados burgueses cuando se recorren las cortinas del antepalco. Y todavía suele ocurrir algo más corruptor. Y es que en la noche del beneficio de la diva ó del actor de moda, ésta ó éste, con su *manteaux* sobre el traje de reina, ó con la trusa y los gregüescos, agradecidos al regalo de los del palco, acudan á dar las gracias personalmente á la tertulia vanidosa. Y entonces, los calaveras del reservado procuran hacer todo lo posible para que parezca que no quieren que el público se entere de cómo se descorchan unas botellas de champagne, y brindan, y gozan de la intimidad de los grandes prestigios de la escena...

Naturalmente, se proponen todo lo contrario del misterio y la reserva. El aislamiento no obedece á que se retraigan los agrupados en una cabina. Son — diremos en el *argot* callejero — *ventajistas*. Se exhiben, se tasan á sí mismos en figuras de escaparate, buscan aureolarse de leyenda y de una deprava-

ción *chic*. Las cándidas alondras casaderas creen que las desdeñan los mundanos, y es al revés. Toda aquella afectación de fracs, risotadas, gemelos en batería, ó de una gravedad desdeñosa y británica, no significa sino el cebo para las aparentemente postergadas y, en realidad, perseguidas víctimas.

Lo que buscan los elegidos es construirse un prestigio, un pedestal. Las compañías pasan por el tablado y por la ciudad, y quedan en las viejas alamedas y detrás de los cristales las novias dulces, crédulas y enamoradas. Una apariencia de complicidad con la primera tiple da mucho relieve á don Juan, el cual luego habrá de consolar á la provincianita ofendida con una carta que le escribe desde el casino, ya de madrugada,

después de haber jugado y perdido unos centenares de pesetas, que en la epístola se convierten en duros... Y no digamos si la aventura local es adulterio... Entonces ella y él se consideran héroes de una novela enorme y terrible...

¡Y pensar que tanta ilusión se consigue con un abono á un mismo palco todas las temporadas! ¿Quiénes, entre los casinistas, suelen reunirse para ese sacerdocio de un diabolismo candoroso? No falta nunca un arruinado que de verdad triunfó en el mundo cosmopolita y que, ya sin armas, regresó á la provincia, donde vive de parásito, gracias á su pasado envidiable. Y forman el séquito el huérfano que acaba de heredar, un alegre anciano solterón, algún *nuevo rico* que en fuerza de rumbo pretende conquistarse la beligerancia de la *crema*, muchachos pintorescos á caza de dotes, ó simplemente despreocupados, y el *primo* de siempre, el que explota el cóncave, comenzando por encargarse de la administración y vigilancia del palco, y preparándole las trampas del ridículo, desde envolverle en aventuras ilusorias hasta colocar su *clac* en la silla donde va á sentarse...

Un palco de hombres, con su fingido alarde de apartamento, es como el *pim-pam-pum*, que sólo se mueve por lo que llega de fuera: corazones disparados ó bolas de estopa, que muchas veces son una misma cosa.

Federico GARCÍA SANCHIZ  
DIBUJO DE MAX

### HORA DE OLVIDO

Por lo que he amado y he sufrido  
está muy viejo el corazón;  
por lo que nunca he conseguido  
quiero decir una oración.

Yo derroché mi vida inquieta,  
lujuriosa y sentimental,  
con la violencia de un poeta  
que fuese Príncipe oriental.

Sediento siempre de placeres,  
nunca mi sed logré extinguir;  
tenía fiebre de mujeres  
y mucha prisa de vivir.

Por los fragantes labios rojos  
que no besé nunca jamás;  
por la caricia de unos ojos  
que no podrán mirarme más.

Por la mujer que pasó un día  
fugaz, igual que una ilusión,  
y me embriagó de poesía,  
quiero decir una oración.

Por los dolores que he sufrido  
y que jamás he confesado;  
por los poemas que he vivido  
y que después nunca he rimado.

Por las divinas emociones  
que cifré en verso mi laúd,  
cuando con besos y canciones  
florecía mi juventud.

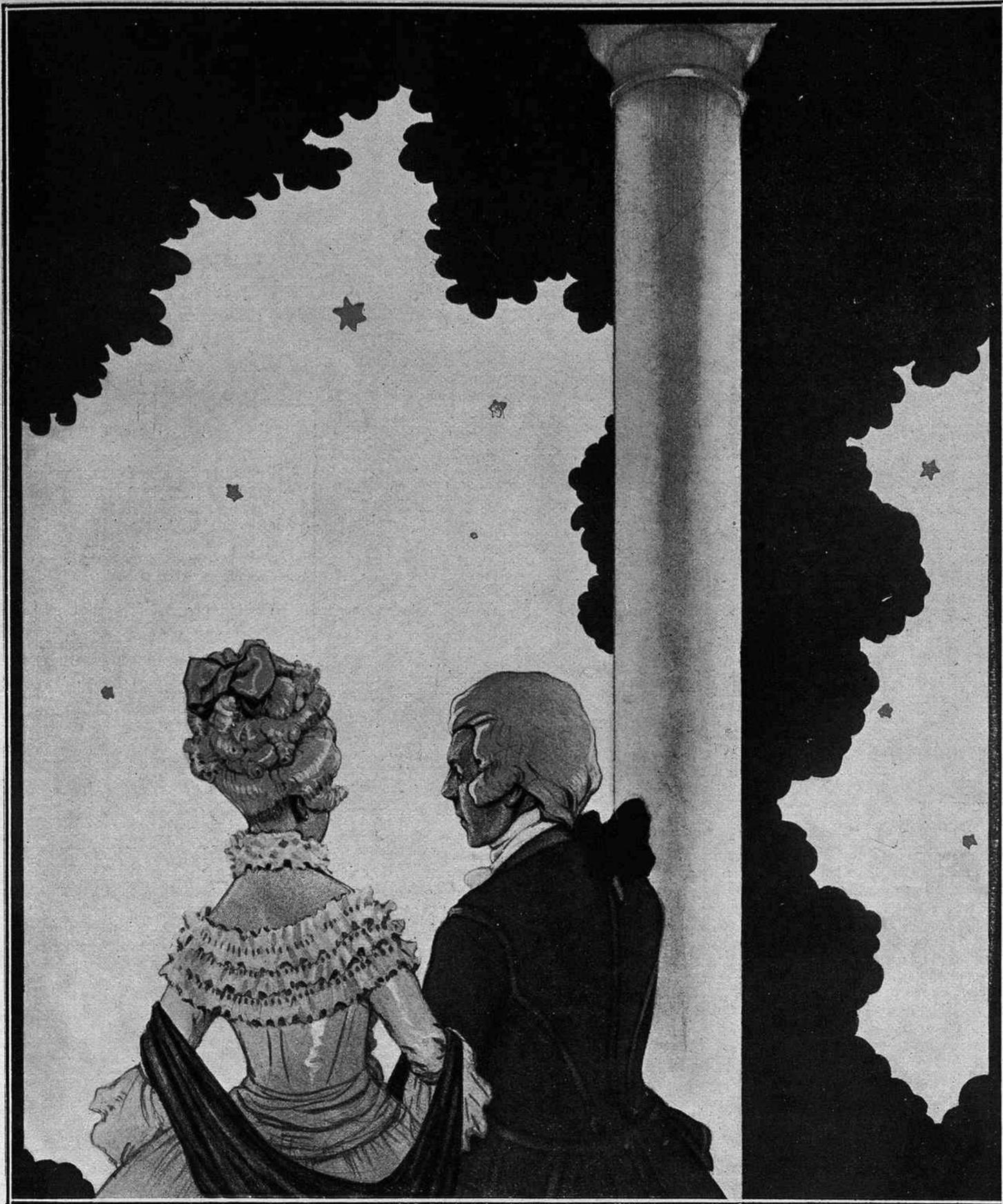
Por la leyenda desvalda  
de todo lo que quise ser,  
y como el eje de mi vida  
por el amor de una mujer...

Hoy es un ruiseñor hevido  
el corazón sentimental;  
mi juventud se ha consumido  
en la gran hoguera sensual.

En esta suave hora de olvido  
y de triste renunciación,  
por lo que nunca he conseguido  
quiero rezar una oración.

E. CARRÉRE

# EL RELOJ Y EL CLAVE



*Reloj del esotérico tocador de la Reina.  
 Cuando una mano suave su cabellera peina,  
 la Reina mira el viejo reloj, que está parado.  
 Así lo vió su madre y así lo vió su abuela.  
 Se ha perdido la llave del reloj encantado.  
 Es de ágata y oro. Eros, el niño, vela  
 con su antorcha en la mano, y al lado de una fuente,  
 á una Triguís dormida. Esa fuente es la esfera  
 donde el tiempo preside y congrega á las horas.  
 Augusto confidente.  
 Allí las consultaba la Reina antiguamente.  
 Todas, todas las horas,  
 las fastas, las nefastas y las angustiadoras.  
 Todas las horas, todas,  
 las más solemnes horas de su existencia entera.  
 La noche de sus bodas,  
 al vibrar de esa tenue campana se durmió.*

*Y á la otra mañana,  
 esa misma campana,  
 al tiempo que la alondra, del sueño la alejó.  
 Reloj de las angustias, reloj de los dolores,  
 ¡oh, cruel é impasible!, que no se ha roto antes  
 de señalar las horas de angustias y dolores.  
 La Reina lo miraba con sus ojos amantes  
 en las silentes noches, allá en su camarín,  
 preguntando á su esfera  
 si llegada ya era  
 la hora de la cita secreta en el jardín,  
 debajo del almeiz.  
 En esa hora le hizo parar la última vez.  
 Después, él ya lo sabe,  
 no ha cantado otra hora.  
 Existe un viejo clave  
 al lado del balcón.*

*Nadie de los que viven ha escuchado su son.  
 Nadie ha oído el arpegio de su tecla sonora.  
 ¡Oh, la noche de luna de la última sonata  
 que del clave sonó!  
 Fué aquella noche grata  
 de la última cita, de la última hora  
 que cantó ese reló.  
 Murió la Reina aquélla de las melancolías,  
 y guardando el recuerdo de los pasados días  
 de la cita postrera, de la postrer sonata,  
 la paz ya no se ha roto de su misterio grave;  
 pues del uno y del otro, una vieja azafata  
 al secreto del lago ha entregado la llave.*

Pedro DE RÉPIDE

DIBUJO DE ECHEA

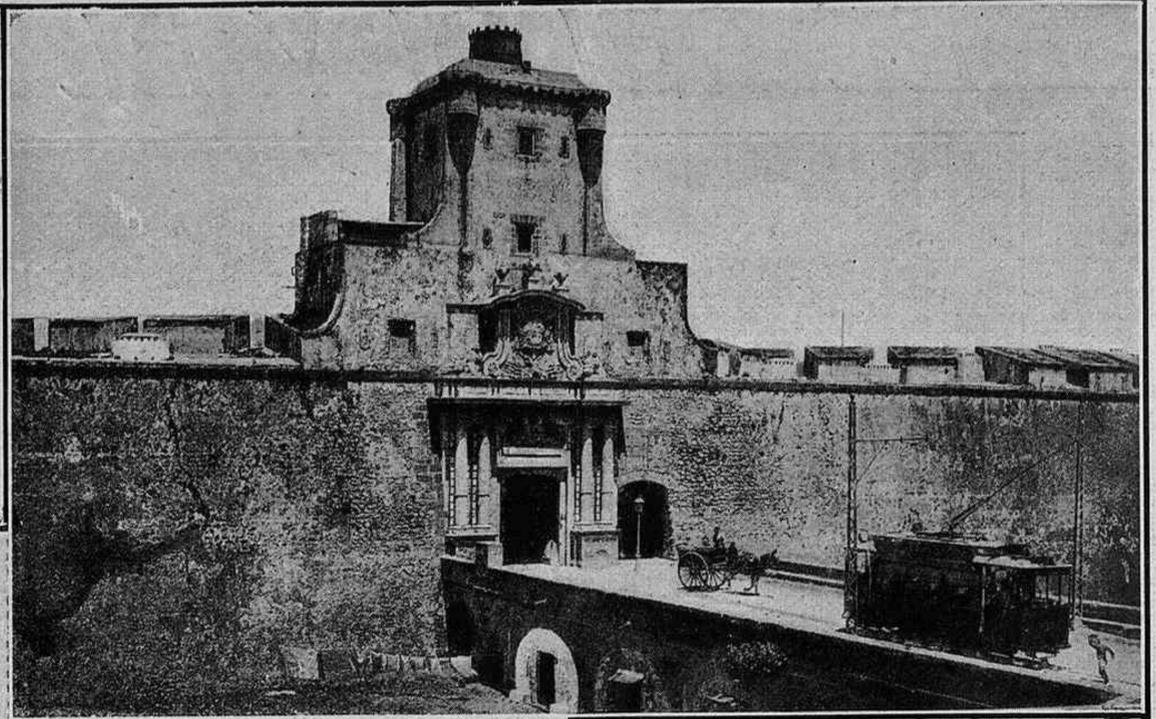
CAPITALES ESPAÑOLAS

# CÁDIZ

CÁDIZ, la visión soñadora y fragante de la poesía y la leyenda. Situada en la Tarsis de la Biblia, *última terræ* de los clásicos, á cuyas aguas iba la flota de Salomón con la de Hiran cada tres años á recoger oro y plata, fué colonia fenicia, en la que la tradición supone el templo de Hércules.

Ocuparon los tirios la isla contigua á la capital, que Tineo llamó *Aphrodisia*; *Junonia* llamáronla los griegos, y por la vecindad de sus lugares, confundíanse Gadir, Gadir, Erythea, *Cotinus* y *Tarteso*.

De tales edades, ya olvidadas, consérvanse como memoria la existencia de los templos de



Puerta de Tierra

Por la lealtad á Roma, sus hijos fueron considerados como romanos.

Petrônio y Marcial recreábanse con las danzas orientales, lascivas, de las *improbæ gaditanæ*, mientras Apolonio y Artemidoro estudiaban las *pulsaciones* del Atlántico.

¡Época de grandeza!

□□□  
Cádiz no recibió tan pronto el culto de la Cruz como otras regiones; habíase hecho materialista



Vista parcial de Cádiz

Juno en Trafalgar, Cádiz y Puerto de Santa María; la torre de Capión en Chipiona, la de Ebuira y el templo de Lucifero.

Luego vinieron los cartagineses con su hábito abrasador de fieras africanas; después los romanos con su historia de civilización y su época de rapiñas. Era Cádiz entonces lo que luego fué Venecia y hoy es París; la juventud romana encontraba allí las delicias en la gastronomía, viviendas suntuosas, bailes, disipaciones de todo género.

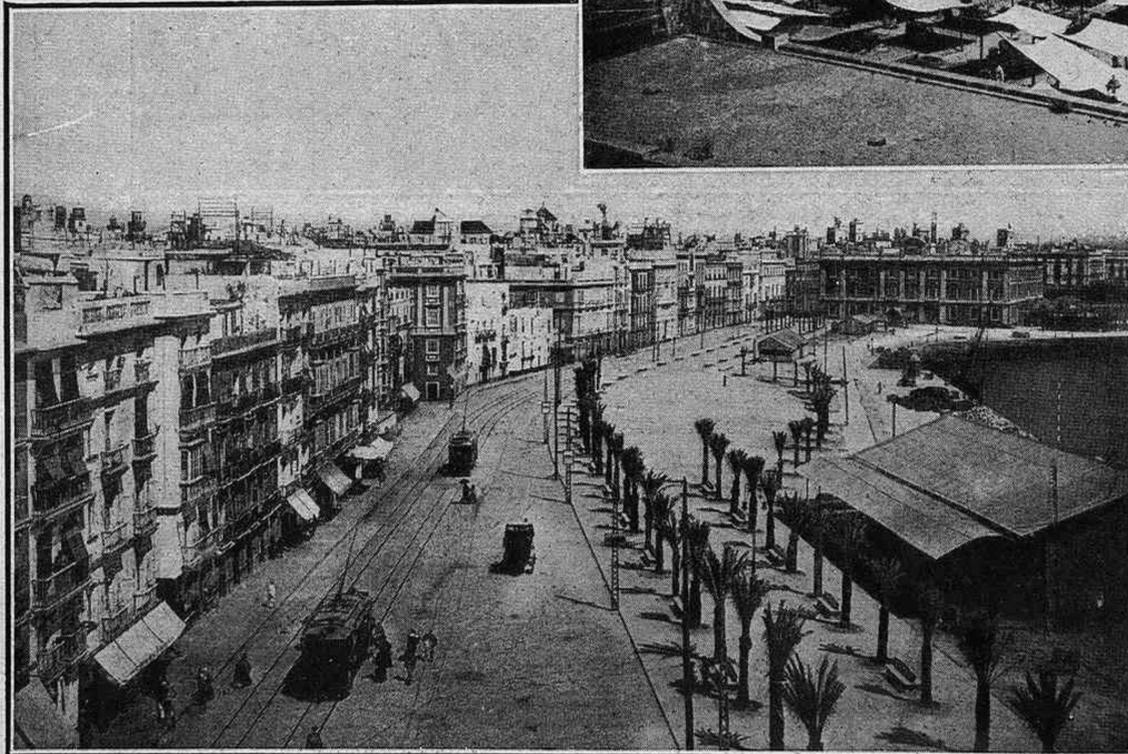


El mercado

bajo la dominación de Roma. Por esto pasó como inadvertida en ciertas épocas de la Historia su vida local. Con los sarracenos se llamó *Kalés*; en la reconquista, Alfonso VII desiste de ocuparla y no entran en ella los guerreros de Castilla hasta los tiempos de Alfonso *el Sabio*; entonces la ocupa sin resistencia el almirante Pedro Martínez de la Fe.

Sigue desarrollando su comercio y su tráfico, que en 1530 es considerable; en 1553 una borrasca, al dispersar las naves corsarias, la libra del sacó de ellas; en 1587 entra Drake en su bahía, y en 1596 sutre el asalto y saqueo de las fuerzas del duque de Essex.

Entonces tenía Cádiz 1.200 casas de mampostería, con azoteas en vez de tejados, y se dividía en dos partes ó barrios: el de Santa María y el de Santiago. ¡Grande quebranto ocasionaron los ingleses en su ataque! Cuando, enviado por el duque de Medina-Sidonia, entró Antonio Osorio en la ciudad, á poco de zarpar la escuadra del conde de Essex, encontró cerca de trescientas



Avenida Canalejas



El puerto

casas destruidas por el fuego. La catedral, el Colegio de la Compañía, el Monasterio de Nuestra Señora de la Concepción, el Hospital de la Misericordia y la Candelaria eran—según palabras del historiador D. Pedro de Madrazo—otros tantos cráteres que despedían columnas de humo denso y vertiginoso, y llovían sobre el calcinado pavimento, en mal apagados carbones, la antigua gala de sus retablos y pintadas techumbres.



La alameda

aromas... Una fábula antigua dice que un Rey de Iberia, Heípalo, tenía en Cádiz una hija de extremada hermosura, cuya fama recorría las gentes, y por ello vinieron á pretenderla Príncipes mancebos...

La fábula es realidad en el siglo xx; la hermosa doncella del Rey ibérico existe; no ha perdido su frescura y su belleza: es Cádiz.

FEDERICO PITA



Parque Genovés

Por si este estrago no fuera bastante, los codiciosos corsarios británicos embarcaron en sus galeras campanas, rejas, puertas y todos los objetos de metal que podía ofrecerles el incentivo de alguna ganancia. Cádiz pudo vengar este desastre algunos años más tarde; pues en 1625 obligó á huir á la flota poderosa que mandaban el conde de Essex y el vizconde de Wimbleton.

ooo

Su catedral vieja es del siglo xiii, y fué reformada en los siglos xv y xvi; hoy es una parroquia de la ciudad. La nueva comenzó en 1720 y es obra rica en materiales, aunque muy discutida como de arte. El Hospital de la Misericordia, el Colegio de los Jesuitas, el de San Bartolomé, la Alhóndiga, la Cárcel Real, el Ayuntamiento y la Casa de Contratación de Indias son residuos del siglo xvi.

Los siglos xvii y xviii fueron pródigos en construir, donar y hacer por embellecer la ciudad, pero todo con un confuso desorden, que cambió su gracia y humildad en ostentación y desarrollo artístico.



El puerto.—La entrada

Aquella visión de mollicie y de encanto para la dorada juventud romana, que hicieran de esta tierra la de promisión de todo bohemio, no se repitió felizmente en la Historia. Cádiz volvió á tener días de esplendor, pero no fueron dados por las bailarinas lascivas, ni por las *pulsaciones* del mar: fueron escritos por aquellos patriotas que labraron en el templo las leyes de la Nación y esculpieron los moldes de un alma hispana, bien distante de la que Petronio contemplaba en lupanares de su tiempo.

Cádiz es la visión de una España nueva y libre; del pasado romano, de los tiempos primeros de su vida, sólo quedan, á semejanza de Itálica,

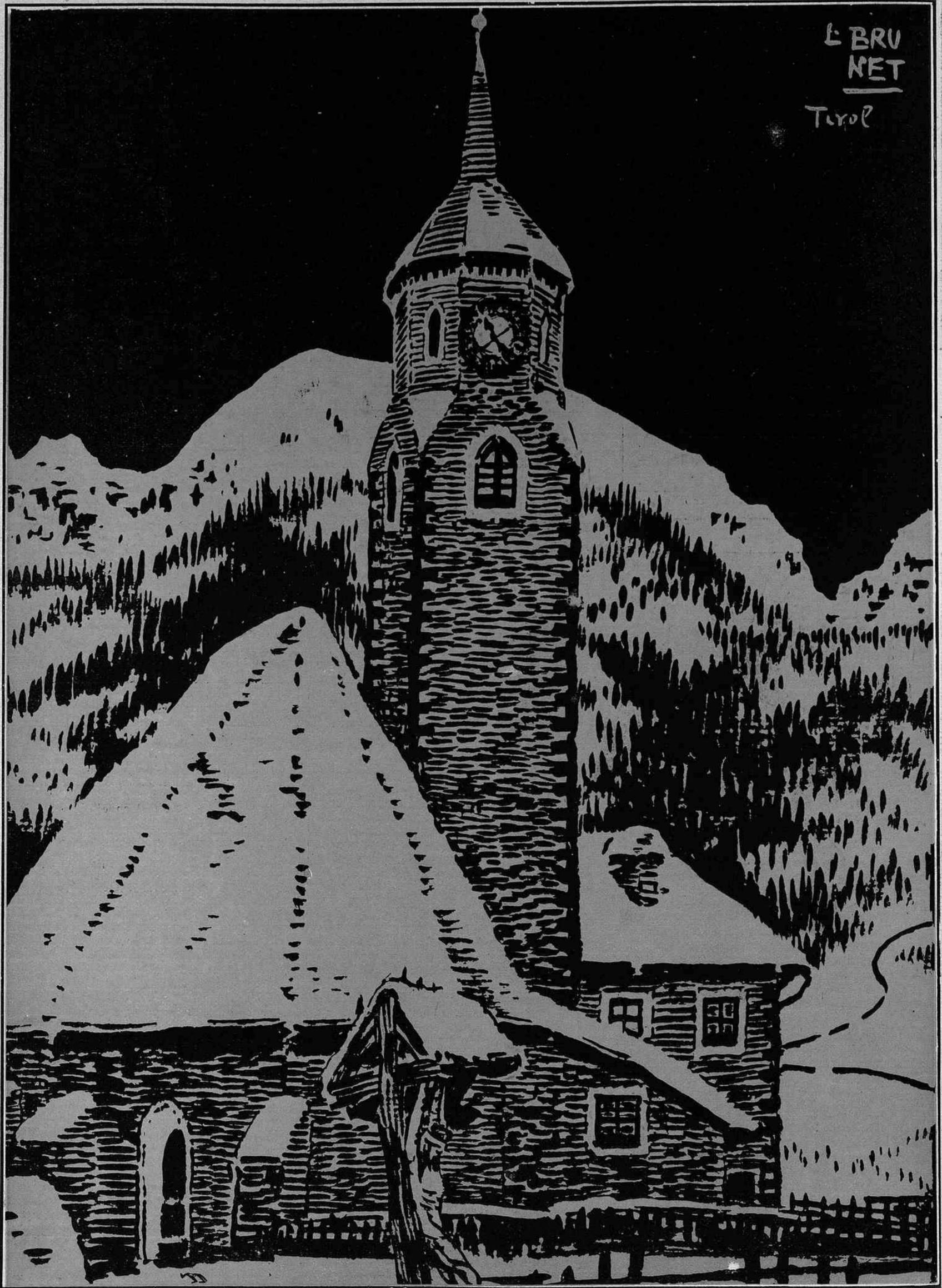
... memorias funerales

de todo apenas quedan las señales.

ooo

La *tacita de plata* es una población riente, alegre, limpia, con paseos hermosos y fragantes

PANORAMAS EXTRANJEROS



L BRU  
NET  
Tirol

Las cruces de término en las montañas del Tirol

DIBUJO DE BRUNET

TEMAS LITERARIOS CLÁSICOS

## MILTON Y EL "PARAISO PERDIDO"



Los puritanos habían exagerado el sentido del cristianismo con relación a la vida social, presentando en algún modo a aquél como opuesto a los intereses de ésta. Con Milton (1608 a 1674) da principio, en el seno mismo del puritanismo, una dirección religiosa nueva, por lo menos en cuanto a la finalidad práctica. La moral puritana había reprobado la emoción artística como peligrosa, ya que no como pecaminosa; de este modo, y en medio de su grandeza, la moral puritana aparecía llena de moho, que era menester limpiar. Limpióla Milton, exaltando el lado estético del cristianismo y poniendo de relieve las bellezas poéticas de los libros santos. Puritano era de nacimiento, liberal de corazón, hombre de rezo, amigo de la lógica armada, enemigo implacable de la creencia hipócrita. Fascina y subyuga hasta el estupor, historiando la teología y discutiendo el matrimonio con frases. Su *Reformation* y su *Divorce* son una serie de ellas, sublimes, soberbias, radiantes, maravillosas. Sus odas, sus tragedias, sus sonetos aparecen, en el estilo y en el significado como una frontera, larga y a la vez angosta, que separa dos mundos, alumbrada y abrasada por su luz y su fuego, donde el brillo exterior de los humanistas se mezcla con la entusiasta severidad de los reformadores.

De hombre tal podían esperarse manifestaciones literarias proporcionadas a las que la época exigía. Siete años después de la Restauración (1667) apareció el *Paradise Lost* y cuatro años más tarde el *Paradise Reconquered* y la tragedia *Samson Agonistes*, cuya severa belleza de estilo nos recuerda al poeta mismo, caído, como Samson, «en tiempos infelices, en medio de hombres corrompidos y miserables, sumidos en tinieblas y rodeados de peligros». Pero estas últimas obras, a pesar de su belleza, fueron eclipsadas por el *Paraíso perdido*, que tiene una gran importancia histórica como verdadera epopeya del puritanismo, cuyo tema estribaba en el problema del pecado y de la muerte, en la lucha del bien y del mal, sobre la cual meditaban los puritanos en las horas sombrías de tristeza. Green, en el tomo III de su *Short History of the English People*, nota, con verdad, el prodigioso poder de

concentración moral de los puritanos, que había ya transformado en personajes reales las abstracciones espirituales antes que Milton les hubiese dado vida en sus personajes del *Pecado* y de la *Muerte* (famosa alegoría de la que Voltaire dijo que era buena para hacer vomitar las entrañas, y que aun el prudente y justo Addison, sin dejar de reconocer que puede disculparse hasta cierto punto por su belleza, rechazó, entre otras razones, por no poder admitir que dos personajes de existencias tan quiméricas fuesen actores propios de un poema épico). También era una tendencia puritana personificar todas las diferentes formas del mal en un solo «ser» o cuerpo de pecado; el odio intenso al pecado exageraba su poder y su grandeza, y a estos sentimientos debemos el *Satán* de Milton. La sublimidad del ideal de los puritanos durante su larga lucha por el bien y por la justicia (tan a menudo incierta), la nobleza de carácter que mostraron en esa lucha, el poder de las buenas ó malas pasiones puestas en juego, las discusiones, las batallas y los *complots*, en medio de los cuales habían vivido los ingleses durante más de veinte años, la elocuencia feroz y las ambiciones desmesuradas que la guerra había desenvuelto, todo esto dejó su huella sobre el *Paradise Lost*. En este poema tan bello y tan noble, de una inspiración a la vez tan pura y tan grandiosa, donde aparece realizada la más magnífica de las concepciones, aparece también y se encuentra lo que el puritanismo tuvo de mejor y más elevado. En sus arranques más atrevidos, Milton se muestra tranquilo y dueño de sí propio; su exposición es de una justeza perfecta; que pase del cielo al infierno, que nos hable de la sala en que Satán reúne consejo ó de la tierna entrevista de Adán y Eva, su estilo es de una firmeza y de una igualdad maravillosa. Desgraciadamente, al lado de estas bellezas superiores, que debe a la influencia puritana, hay allí señales muy marcadas del espíritu de secta. Nótese en especial una falta absoluta de aquella simpatía delicada y sutil, de aquellos humanismos amplios y generosos, de aquel sentimiento del misterio espiritual, de aquellas dudas obstinadas sobre las cosas invisibles que constitu-

yen la grandeza de Shakespeare. Milton, que eligió por temas los misterios más pavorosos que hayan podido tentar la imaginación de un poeta, no se siente jamás turbado. En vano buscaríamos en aquel fondo tenebroso de lo desconocido inmenso lo que nos hacen experimentar, por ejemplo, los personajes de Esquilo; la desobediencia del hombre y el plan de redención en la historia de la Humanidad están expuestas tan claramente como en un discurso puritano. Dios Padre no es, según hace notar irreverentemente Pope, otra cosa que «un teólogo de colegio». Milton, que en sus primeros poemas había respetado tanto como embellecido la Naturaleza, inventó un cielo y un infierno enteramente fantásticos en el *Paradise Lost*. Sus grandes figuras de ángel ó de arcángel, Satán ó Belial, son colosales, pero netas en demasía; no hay en ellas nada de la amplia comunión con la Humanidad que les había atribuido ya Chaucer. Al contrario, en parte alguna es la individualidad puritana tan absorbente como en Milton, dejando su huella sobre sus creaciones y haciéndonos escuchar su voz en cada verso de su poema. La fría y severa concepción de la virtud moral que domina en toda la obra; la manera puramente intelectual como el poeta describe la belleza (porque la belleza de Eva es una belleza que ningún mortal puede amar), pertenecen por entero a Milton. Sus personajes tienen el estoicismo concentrado y la dignidad del viejo puritano; Adán no lanza un solo grito de angustia cuando es arrojado del Paraíso; Satán sufre encerrándose en un silencio desdeñoso. A este exceso de concentración se debía, sin duda, la extraña falta de alegría que caracterizaba a los puritanos en general, y que impidió a Milton corregir los toques un poco grotescos que se destacan en medio de la sublimidad del poema. También a la influencia del puritanismo hay que atribuir la ausencia en él de todo genio dramático. Nunca poeta alguno se mostró más desprovisto del don de crear caracteres, de hacer hablar y obrar a cada personaje de una manera variada y lógica, de olvidarse de sí mismo para no pensar más que en sus creaciones.

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO

ASPECTOS DE ALEMANIA

# Dantzig, la deseada

La mano misteriosa del Designio alcanza hasta lo más recóndito de las cosas; sus dedos inmateriales ungen de fatalidad igual un corazón que un objeto inanimado. Todo surge y desaparece bajo la inexcrutable voluntad del Designio; nada escapa á su destino ni nada se sustrae á la omnipotencia de sus mandatos. Bajo su voluntad nace el hombre, los seres todos animados, la materia inorgánica; hasta el mismo misterio creador de la Naturaleza está regido por la incognoscible presencia del Designio. El Designio es todo: lo presente, lo pasado, el futuro; lo que es tan superior y potente que marca el tiempo al tiempo y le señala la propia misión de su naturaleza.

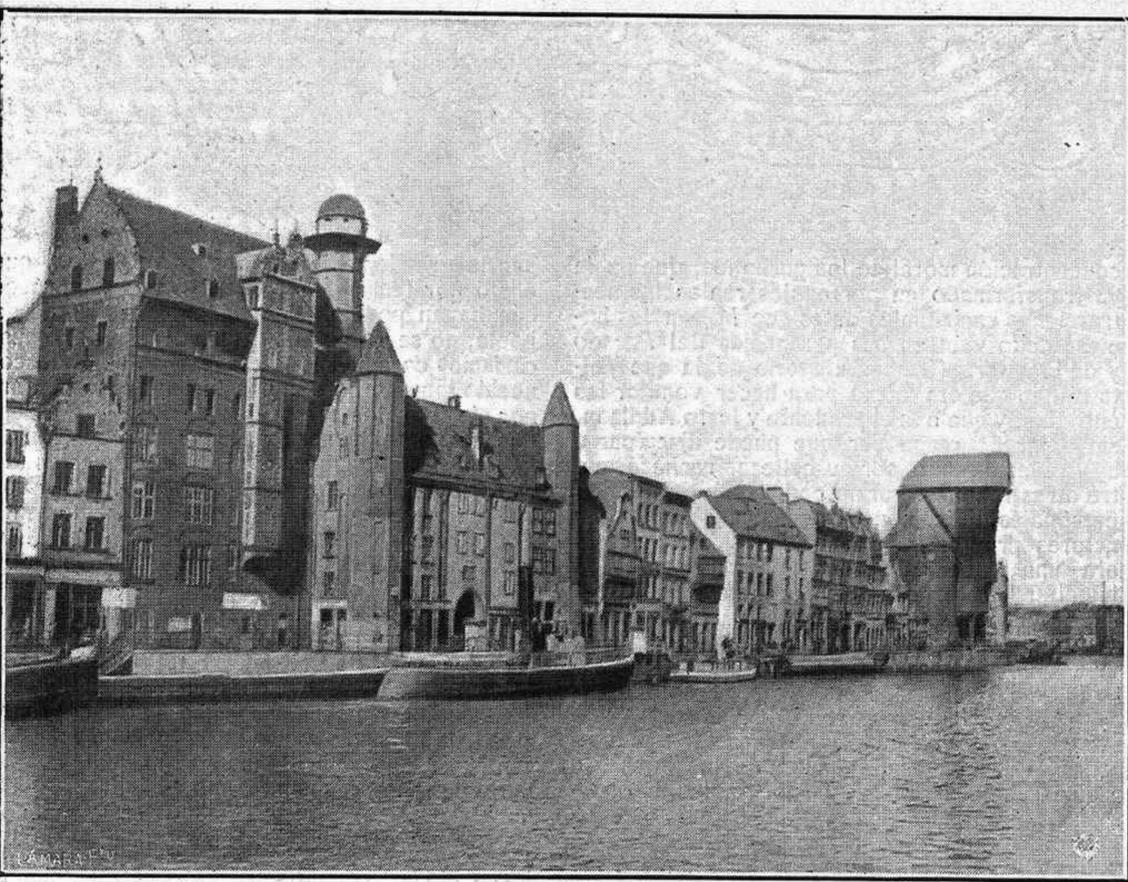
El Designio manda: su voluntad es la fatalidad. Ya impone en un corazón el ineludible dolor de lo adverso, ya marca á las cosas un destino cruel ó próspero que inexcusablemente habrán de cumplir mientras existan.

Esta misteriosa voluntad del Designio impuso al lugar donde se levanta la ciudad de Dantzig la dolorosa condición de la belleza deseada. Dantzig, desde su oscuro origen en la época romana, ha ido escribiendo los pasajes de su historia con el tormento continuo de su don fatal. *Gidania* romana, *Gdansk* polaca, *Danzik* ó *Dantzig* prusiana, son los tres nombres que señalan las principales etapas de su historia.

En 997 fué evangelizada por el obispo Adalberto; en 1343 pasó á ser ciudad prusiana. En 1360 formó en la Liga hanseática, y tomó parte en las luchas contra los Reyes escandinavos y los piratas. Después, desde hace siglo y medio, se refugian las parejas de enamorados para tejer entre sus sombras los hilos sutiles de sus románticos ensueños; Dantzig, la de los veintiséis templos: católicos, protestantes, evangélicos, maronitas, judaicos...



Vista general de la ciudad de Dantzig.—En primer término la torre de 82 metros de la Casa-Ayuntamiento



Un aspecto pintoresco del puerto de Dantzig.—Al fondo la grúa de Fraventor

esta fecha, y á pesar de haber sido declarada ciudad libre y recibido la Constitución llamada *Privilegium Casimirianum*, sufre las disputas de dominio de rusos, polacos, suecos, teutones y franceses, y más tarde la serie interminable de sus sitios, entre éstos los más sangrientos y crueles: el de 1734 por los rusos, el de 1807 por los franceses y el de 1812 por el ejército aliado pruso-ruso.

Hoy Dantzig, vieja ciudad de regencia en el reino de Prusia, patria gloriosa de Fahrenheit, el gran sabio físico, y del terrible filósofo del dolor, Schopenhauer, prosigue aún cumpliendo su doliente destino de ciudad eternamente deseada. Dantzig vuelve á ser disputada por el dominio de las razas; Dantzig, como la manzana de París, vuelve á ser la discordia, el rencor en las cancillerías; Dantzig, la deseada... Por bella, por floreciente, por industrial, sufre del dolor de la codicia ajena que la acecha cada día, cada hora, cada segundo de los que van formando su atormentada historia.

Dantzig, la antigua ciudad hanseática, que aún conserva el tesoro del recio espíritu de la Edad Media; Dantzig, la gran ciudad emporio del viejo reino de Prusia; Dantzig, la magnífica, con sus monumentos y edificios, de techo apuntado, que datan del siglo XVII y XVIII; Dantzig, la de la bella y ubérrima campiña regada por el Vístula y el doble brazo del Mottlau; Dantzig, con su famosa Gran Avenida de dos kilómetros de larga, formada por cuatro filás de tilos, bajo cuyas penumbras,

desde hace siglo y medio, se refugian las parejas de enamorados para tejer entre sus sombras los hilos sutiles de sus románticos ensueños; Dantzig, la de los veintiséis templos: católicos, protestantes, evangélicos, maronitas, judaicos...

La gran iglesia parroquial de Santa María, una de las más bellas construcciones de los países bálticos, fundada en 1343 y agrandada hasta 1502 con tres naves longitudinales y un crucero; con su maciza torre occidental, de 76 metros, y sus diez agudas torrecillas.

Dantzig, la ciudad de inimitable y múltiple panorama.

Su paisaje, que se extiende casi hasta el filo de las costas del mar Báltico, tiene esa belleza cromística, esas transparencias luminosas que atenúan suavemente todas las masas fuertes de color; es la característica de las campiñas norteñas, todas llenas de luz, de serenidad y de sosiego; de ese sosiego que forma el ambiente dulce, atractivo, de las ensombreadas tierras nórdicas...

Dantzig sigue padeciendo su fatal destino, el que el Designio le señaló.

Hoy, en la post-guerra, Dantzig continúa siendo la deseada, la disputada, la codiciada.

Alemania pide que la frontera oriental germano-polaca sea llevada á 60 kilómetros al Este de la ciudad libre de Dantzig, para que ésta vuelva á ser dominio de Prusia.

El nuevo Estado libre de Polonia la reclama dentro de sus fronteras.

Y Francia, Inglaterra, las grandes Potencias aliadas, la Rusia bolchevista, los nórdicos reinos, Dinamarca, Suecia, Noruega...

Dantzig, la libre ciudad de Dantzig, prosigue su fatal destino, cumple el mandato del Designio.

¡Dantzig, la deseada, la que miran con codicia todas las razas fuertes y todos los pueblos grandes de la tierra!



El arsenal de Dantzig

FOTS. HOLLAND



No lo piense usted  
un minuto más.

PRUEBE EL JABÓN

**HENO DE PRAVIA**

y lo adoptará para siempre.

PERFUMERÍA GAL

MADRID



## ESPAÑA MONUMENTAL

# EL MONASTERIO DE GUADALUPE

No nos proponemos encerrar en este corto trabajo la reseña histórica del famoso Monasterio, ni tampoco hacer acopio de fechas y nombres; detalles son éstos que los interesados en la riqueza artística de España pueden encontrar en cualquiera de las Memorias hechas por los numerosos historiadores que tuvo el Monasterio. La más reciente, y aunque más sucinta—la mejor por los fotograbados que le acompañan—, es la editada por la Comisaría Regia del Turismo; sin embargo, algo hemos de decir para dar idea de la importancia que Guadalupe tuvo en la época de los Reyes Católicos.

La Virgen de Guadalupe, según está comprobado por documentos reales de Alfonso XI, fué hallada por un pastor en uno de los más bellos montes de la cordillera Mariánica, y alcanzó en poco tiempo un renombre universal, por atribuírsele á su intercesión la gran victoria del Salado contra los moros. Sin existir todavía El Escorial, fué Guadalupe el Monasterio favorecido por la protección de los Monarcas.

Entre los numerosos manuscritos y documentos que atestiguan el alto valor religioso y político del Monasterio, se encuentra una carta dirigida por la Reina Doña Isabel la Católica al prior de Guadalupe, dándole cuenta de la toma de Granada.

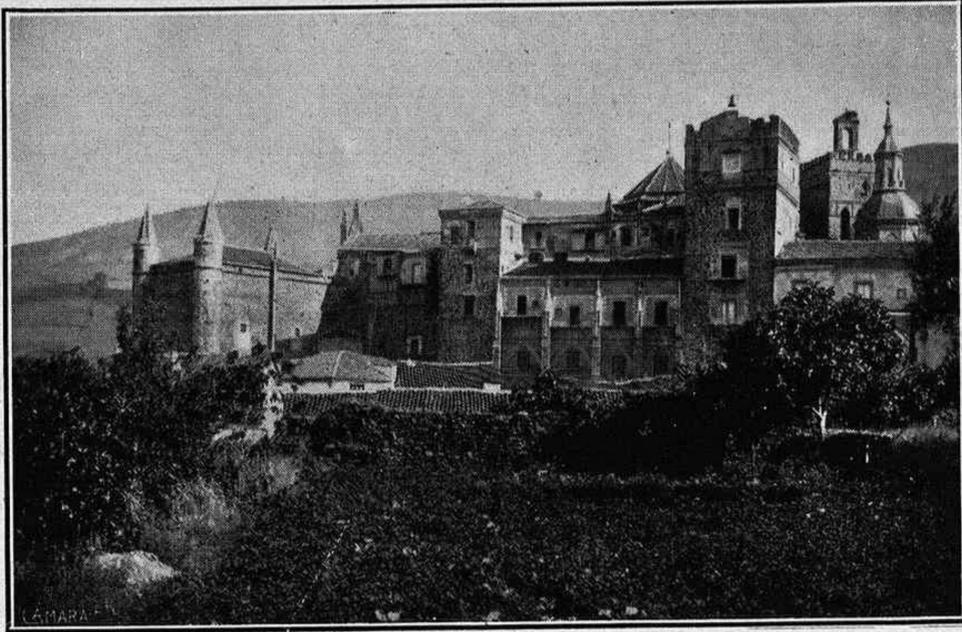
Dicha carta está escrita en papel de 220 por 142 milímetros, firmada por la Reina y refrendada por su secretario. Dice así: «La Reyna—deuoto prior: sabéis, como vos fise muchas veces saber la entrada del Rey, mi señor, A conquistar El Reyno de Granada, porque Rogásedes a nuestro Señor le diese vitoria de Aquellos fenemigos de nuestra Santa fe católica: e agora vos fago saber, como ya, bendito nuestro Señor le plogo dar al Rey, mi señor, esta vitoria que «oy dos días» deste mes de Enero se nos entregó la ciudad de Granada con todas sus fuerzas e sus terras: lo que vos escriuo solamente para que fagays gracias a nuestro Señor que touo por bien de vos oyr e dar en esto el fin deseado:— De la ciudad de Granada en dos días de Enero de xcij años. Yo la Reyna» (Rúbrica). «Por mandado de la Reyna, Fernand Alvarez» (Rúbrica).

Trazas de fortaleza tiene el Monasterio; pues en todo él se encuentra amalgamado el templo, que sólo se levanta en honor de Dios, y la fortaleza, que en los tiempos en que fué construída se consideraba indispensable para la propia defensa de los hombres. Esta doble finalidad no perjudica al conjunto; muy al contrario, lo reviste de cierta gravedad y carácter muy en armonía con los recios montes de Villuercas, que le sirven de fondo.

Visto desde el Este, tienen sus líneas arquitectónicas una belleza incomparable; entre dos torres almenadas se eleva la airosa cúpula, no inferior, aunque sí más pequeña, á su gemela del Escorial; desde estas torres va bajando la línea haciendo ondulaciones, hasta quedar horizontal sobre los patios claustrados, para volver á elevarse nuevamente, ya en angulosos tejados, ya en agudos torreones, cuya roja piedra festeñean olivos y castaños.

Desde cada punto de vista presenta el conjunto del Monasterio y el bellissimo paisaje que le circunda un nuevo aspecto de belleza, muy superior á nuestra facultad descriptiva. En estos lugares tiene más fuerza la paleta que la pluma; con el color podría daros una impresión más justa que con la palabra.

Pocos monumentos habrá en España que atesoren la riqueza artística que el de Guadalupe. Díganlo si no los que hayan visto esos riquísimos frontales en que con oro y pedrerías se bordan sobre sedas de Oriente escenas de la



Vista exterior del Monasterio de Guadalupe

Pasión, con justeza de dibujo y gusto decorativo insuperable; los que hayan visto aquél de la Pasión, donde se consigue sólo con terciopelos dar la sensación de la pintura; aquellas casullas y capillas recamadas; aquella regia dalmática de la Emperatriz; aquella lámpara de Lepanto; aquel camarín con lienzos de Jordán; aquellas miniaturas de libro coral; aquella severa y rica encuadernación de antifonario, y aquellas estatuas orantes de D. Dionis de Portugal y Doña Juana de Castilla.

Con ser esto mucho, mayores elogios hemos de reservar para esa magnífica colección de cuadros de Zurbarán que hay en la sacristía, decorada con gusto y riqueza.

Confesamos que antes de ver estos cuadros creíamos que, aparte las mejores obras existentes en el museo de Sevilla, no habría otros que llegaran á tanta altura; pero al ver los lienzos de esta sacristía, tenemos que rectificar nuestro juicio; hay en ella, por lo menos, dos obras á la altura de las mejores que produjo el gran artista: son éstas el retrato de Fray D. Gonzalo de Illescas y «La misa del Padre Cabañuelas». Es interesante el asunto de este cuadro: el Padre Cabañuelas, uno de los primitivos que habitaron el Monasterio, tuvo duda, en el momen-

to preciso de alzar á Dios en la misa, sobre aquella misma alta misión sagrada que estaba representando; vaciló su fe y dudó. En aquel instante la Sagrada Forma se escapó de entre sus dedos y fué elevándose entre claridades de gloria, al mismo tiempo que sobre el cáliz empezaron á caer gotas de sangre.

Este momento fué el escogido por el artista y ejecutado de un modo insuperable.

El retrato de Fray D. Gonzalo de Illescas es una maravilla por la armónica composición, por el correcto dibujo y por ese colorido en que predominan los grises, azules y violáceos que tan bien sabía tratar el artista. Zurbarán es, en el «San Bruno y los monjes de Sevilla», el pintor místico más grande que ha producido España; no hemos visto pintar de un modo más insuperable la vida interior de los iluminados por la fe; acaso

el Greco alcance en sus obras más personales tanta fuerza espiritual, pero siempre será más incorrecto en el dibujo y más crudo y desconcertante en la técnica. No es el retrato de Fray D. Gonzalo de Illescas precisamente de los cuadros que tienen más espiritualidad; pero, en cambio, es de una maestría de ejecución donde, sin faltar al realismo, acomoda la luz y distribuye la colocación de las cosas de forma que robustezca y unifique el carácter predominante que se propuso conseguir. Al ver este cuadro, nos acordamos de seguida de «El Cardenal», de Zuloaga. No creemos que el pintor de la España decadente se propusiera plagiar á Zurbarán, pero si nos atreviéramos á afirmar que Zuloaga había visto este cuadro antes de pintar su «Cardenal», y que, sin pretenderlo, dejó en él algo perteneciente á D. Gonzalo de Illescas.

Pero, en fin: dejemos este asunto, ya que las dimensiones obligadas de este trabajo sólo nos permite tratar las cosas de un modo general, y digamos algo del pueblo, que, como dijo un ilustre escritor, es una visión auténtica del siglo XIV: pueblo de calles rampantes, donde las líneas no son uniformes y fatigosamente iguales como en los modernos, sino ondulantes y de edificios multiformes; ya son casas de soportal y balcón de madera muy saliente; ya severas casas señoriales con portadas y ventanas góticas ó mudéjares; ya pobres casonas corroidas por los siglos, que penosamente apoyan sus cansadas vigas en recios puntales. Este trazado arbitrario de los pueblos antiguos da al conjunto un carácter inconfundible, y en días de sol la paleta encuentra motivo para que se batan en ella las más intensas sombras y también — como en nuestra Andalucía — los tonos más enteros y brillantes con que poder dejar en el lienzo la luz directa del sol.

Ese es uno de los aspectos del pueblo; cuando el invierno llega, todos los colores se apagan y todo se entristece; las montañas se cubren con sus tocas blancas de nubes, y la lluvia, siempre igual y perseverante, cae semanas enteras sin parar; las nubes inmóviles cubren todo el cielo, convertido en manantial inagotable. En estos pueblos toda la vida es silenciosa, vida interior; el suave batir del agua en las piedras sólo es desentonado por el canto funerario de los que acompañan á un entierro.

Para los espíritus superficiales, para aquellos en que predomina la materia al espíritu, son estos pueblos muertos que nada les interesan; pero para aquellos algo más subjetivos, para los que gustamos recogernos en nuestro propio yo, encontramos en ellos un ambiente propicio á hacernos olvidar, siquiera sea brevemente, la vida superficial y vana de las grandes ciudades.



Sepulcro de Doña María de Molina

EDUARDO DE ESPAÑA

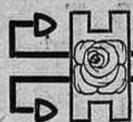
Guadalupe, 1919.

# ESPAÑA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL



MAGNÍFICA PORTADA, DE UN ESTILO RENACIMIENTO, QUE HACE PENSAR EN BERNINI, EL ADMIRABLE ESCULTOR ITALIANO, Y QUE DA ACCESO AL TEMPLO DE SANTA MARÍA LA REDONDA, EN LOGROÑO

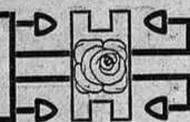
FOT. HIELSCHER



:: MIRANDO ::  
AL PASADO



## LA PLAZA DE ORIENTE



EN la plaza de Oriente, que por su situación debiera llamarse de Occidente, resuenan, como en todas las plazas tradicionales, las canciones del corro; esas canciones que perduran por los siglos de los siglos.

En la plaza de Oriente se pierde el eco de un canturreo sencillo y popular, cuya historieta comienza:

«Mambrú se fué á la guerra,  
¡viva el amor!,  
no sé cuando vendrá,  
¡viva la rosa  
en su rosal!»

¡Mambrú! ¡La triste canción de Mambrú! Al son de sus estrofas, año tras año, se fué formando esta plaza. Era el recinto un estrecho y escondido rincón olvidado entre el Alcázar y las casucas miserables y viejísimas. Se incendió la casa de los Reyes y se derribaron los conventos de San Gil y de Santa Clara, la Biblioteca, la huerta de la Priora y la parroquia de San Juan. Largo tiempo estuvieron sin retirar los escombros, hasta que, pasada la guerra de la Independencia, terminó semejante abandono y se abrió la plaza, donde se reunían las niñas y entonaban la canción de Mambrú. ¡Mambrú! Al dar vueltas las pequeñuelas y batir las palmas aparecía el arrogante y célebre duque de Marlborough vestido de paje. Tras él la hermosa Sarah Jennings. Y con ellos, de la mano de la señora Poitrine, la gentil María Antonieta, que de memoria se sabía los versos cantados en su tierra natal hacía mucho tiempo.

Tras una nueva negligencia de treinta años, por fin, en 1842, se examinaron y aprobaron los proyectos de los ingenieros D. Juan Merlo, don Fernando Gutiérrez y D. Juan Rivera, lográndose la simetría de la gran plaza, trazada entre seis manzanas de casas, con setecientos sesenta pies de longitud, y ajustándose á dos circunferencias, señalada la primera y más grande por cuarenta estatuas de piedra de Colmenar, representando á otros tantos Reyes, puestos en pedestales de la misma piedra. Eran éstas las figuras arrinconadas en los sótanos de Palacio y que se pensó colocar en la balaustrada superior.

Entre las estatuas, una breve escalinata comunicaba con el paseo de coches. La otra circunferencia limitábala una verja de hierro, á la

que se adosaban cómodos bancos de piedra. Cuatro puertas daban entrada al parterre, alumbrado con faroles de gas, lleno de árboles y flores, de macizos y plantas, paseos enarenados, jarrones, surtidores, estanques y pecerillos. En el centro alzábase la suntuosa fuente de elegante pedestal con adornos en relieve y lápidas en las que se leía: «Reinando Isabel II de Borbón. Para gloria de las artes y ornamento de la capital erigióse este monumento.» Se colocó en lo alto la estatua ecuestre de Felipe IV, en bronce, valorada en cuarenta mil doblones y de un peso de ciento ochenta mil libras, gravitando sobre las patas traseras del caballo; obra primorosa del escultor florentino Pedro Tacca, quien la hizo por encargo de la duquesa de Toscana, y que estuvo un día en el Buen Retiro, adornando la plazoleta que caía frente al palacio de la Reina, y después en los jardines reservados, como éstos de la plaza de Oriente, que dependían del Real Patrimonio. Por bajo de la escultura, dos figuras vertían el agua en dos conchas, por las que se deslizaba y caía en dos pilones semi-

circulares. En los ángulos pusiéronse cuatro leones de bronce.

¿Para qué más detalle? En pie está el monumento, del cual se ocupó Hartzzenbusch en los versos que empiezan así:

«Niños que de seis á once,  
tarde y noche alegremente  
jugáis en torno á la fuente  
del gran caballo de bronce  
que hay en la plaza de Oriente.»

Jugaban y cantaban las niñas del corro, cuyas estrofas, inspiradas en viejos é históricos personajes, nos deleitaron y nos hicieron llorar tantas veces. Romances de otra edad, recuerdos de días lejanos, cuando nosotros también jugábamos en estos jardines y subíamos en el cochecito de las campanillas, mientras las muñecas de carne y hueso gritaban:

«Una tarde de verano  
me sacaron á paseo.»

Se producía rumor de besos; estallaban mil risas, acompañadas por el caer del agua y el rumor del viento. Soñaban las almas; se dilataba el espíritu, se sentía la libertad de vivir.

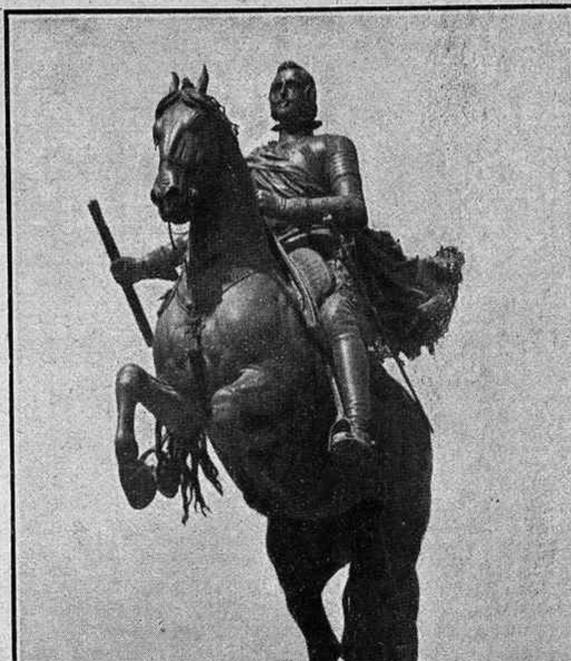
Vivían y expansionábanse nuestros padres cuando el parterre se abrió al público y en las noches de estío paseaban escuchando los conciertos.

Posteriormente, se instalaron los típicos aguaduchos, de la traza misma de los que vimos en el Prado, con los grandes faroles, los enormes botijos y los veladores de madera. Adornábanse con cadenas y se iluminaban con farolillos de papel la noche de la verbena de Santiago. Y desaparecieron, como sus hermanos, como los árboles, como las flores que embellecían el parterre.

Se ha talado y se ha reformado por completo el jardín, pero aún se conserva la fuente, y en torno de ella cantan las niñas la historia de la viudita del conde del Laurel, que sigue queriéndose casar y sin encontrar marido.

Parece que no han pasado los años. Parecen las mismas niñas y los mismos pájaros. Y es la misma la campana del cercano Monasterio de la Encarnación: El espíritu se abisma en las cosas que fueron y las acaricia en lo más íntimo de la memoria.

ANTONIO VELASCO ZAZO



Un aspecto de la plaza de Oriente

FOT. LACOSTE

## A nuestros anunciantes y suscriptores

Los agentes administrativos de esta Empresa van siempre acreditados en forma que no quede duda de la legitimidad de su representación.

Lo advertimos al público para que no acepte trato alguno con quienes no tengan autorización reciente, carnet de identificación de la casa, sellado con el sello de la misma y firmado por el Administrador Delegado, ni satisfagan el importe de los recibos que les presenten al cobro en nuestro nombre, ni estimen, en fin, garantizados sus intereses por nosotros, que no podemos responder de más gestiones que de las encomendadas a nuestros representantes debidamente autorizados.

## ANISADO EXQUISITO

### "Las Cadenas de Navarra"

COSECHEROS Y EXPORTADORES DE VINOS:

Hijos de Pablo Esparza  
VILLADA (Navarra)

LO MEJOR PARA LA BOCA  
ALCOHOLATO  
ELIXIR DENTIFRICO  
CURA DOLOR DE MUELAS  
CARMEN, 10, ALCOHOLERA

ANTI EPILEPTICO DE LIEJA  
suprime las crisis,  
CURA TODAS LAS ENFERMEDADES NERVIOSAS  
Folleto Gratuito: Dr. FANYAU, Farm.º. ILLIE, Francia

TINTAS  
LITOGRAFICAS Y TIPOGRAFICAS  
DE

Pedro Closas

ARTICULOS PARA LAS ARTES  
GRAFICAS

Fábrica: Carretas, 66 al 70 BARCELONA  
Despacho: Unión, 21



## TAPAS

para la encuadernación de

# La Esfera

confeccionadas con gran  
lujo

PARA EL 1.º Y 2.º TOMO DEL AÑO 1919

A 4 pesetas el juego para un semestre

SE VENDEN EN LA ADMINISTRACIÓN DE Prensa Gráfica (S. A.)

HERMOSILLA, 57 MADRID

Para envíos a provincias añádanse 0,40 para franqueo y certificado

Sucursal de LA ESFERA  
MUNDO GRÁFICO y NUEVO MUNDO

## LIBRERIA DE SAN MARTÍN

PUERTA DEL SOL, 6, MADRID

FUNDADA EN 1854 • APARTADO 97

Se remite a provincias y Extranjero toda clase de libros, y gratuitamente el Boletín bibliográfico

EL MÁS PODEROSO  
DE LOS  
TÓNICOS

cuyo uso es indispensable durante los calores para combatir la falta de apetito y de las fuerzas.

## VINO DE VIAL

QUINA, CARNE  
LACTO-FOSFATO de CAL

Conviene a los convalescientes, ancianos, mujeres, niños y todas las personas débiles y delicadas.

EN TODAS LAS FARMACIAS

## J. C. WALKEN

FOTÓGRAFO

16, Sevilla, 16

El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

# LA PAPELERA ESPAÑOLA



**AYER**

**LA NUEVA MANERA DE HACER LA LIMPIEZA DE LA CASA**

No mas escobas que solo esparcen el polvo; no mas fatigosos paseos a "4 piés" para limpiar debajo de los muebles o para darles brillo. El aparato

## O-Cedar Mop Polish

empleado en millones de "home" en Inglaterra y en América, absorbe el polvo y no lo esparce. Se desliza por debajo de los muebles comodamente y llega hasta los mas inaccesibles rincones. En algunos minutos, y sin fatiga, devuelve a un parquet o cualquier superficie encerada y barnizada el resplandor de nuevo.

Toda mujer cuidadosa de la limpieza, higiene, y economia de tiempo y de fuerzas debe servirse de un "O-Cedar Polish Mop" y, después de algunos días de prueba, se preguntara como pudo pasarse tanto tiempo sin él.

De venta en todas los Grandes Almacenes, Bazares, Droguerias. Al por mayor :  
**Concesionario general : A. G. GUNNISON, Valencia 318. - Barcelona BILBAO - SEVILLA - VALENCIA**

**HOY**

¿Quiere usted aprender idiomas?  
 Vaya á la

## ESCUELA BERLITZ

**ARENAL, 24**  
 Nadie se los enseñará mejor



SE VENDEN los clichés usados en esta Revista -:-: Hermosilla, 57

≡ **Misterios de la Policía y del Crimen** ≡  
 PÍDASE Á ESTA ADMINISTRACIÓN

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



**BAUME BENGUÉ**  
 Curacion radical de  
**GOTA-REUMATISMOS NEURALGIAS**

De venta en todas las farmacias y droguerias.

## ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda á las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

### ESTÓMAGO É INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedias, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida.

## ALFONSO

FOTÓGRAFO

Suencarral, 6 Madrid

**CONSERVAS TREVIJANO**  
 LOGROÑO